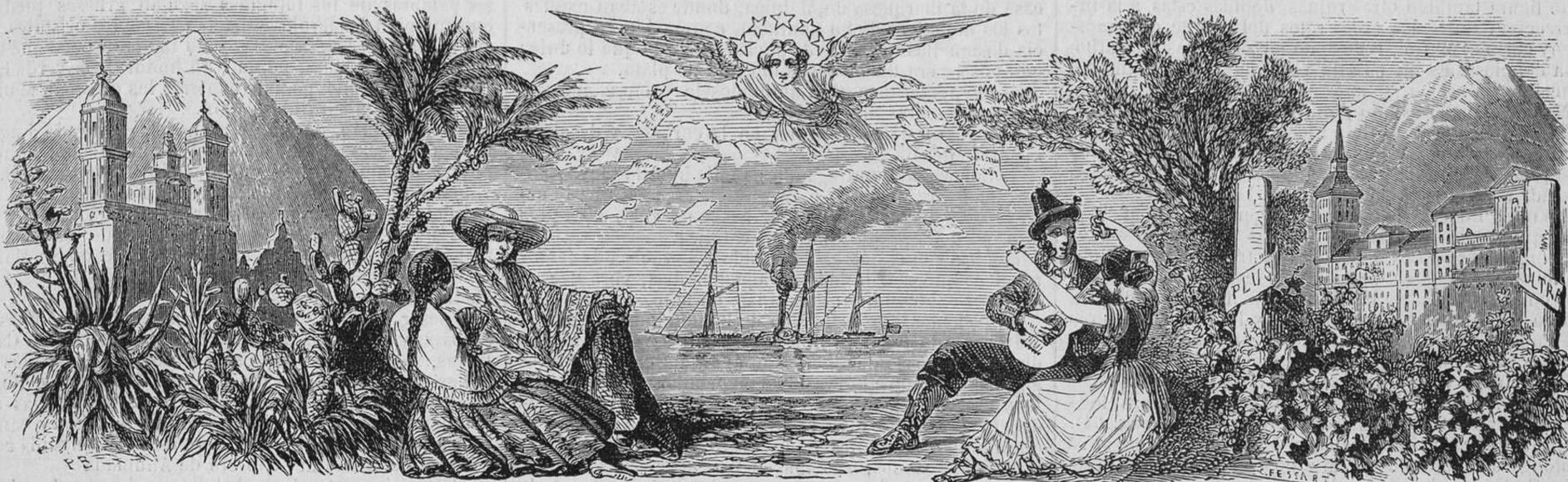


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 966.

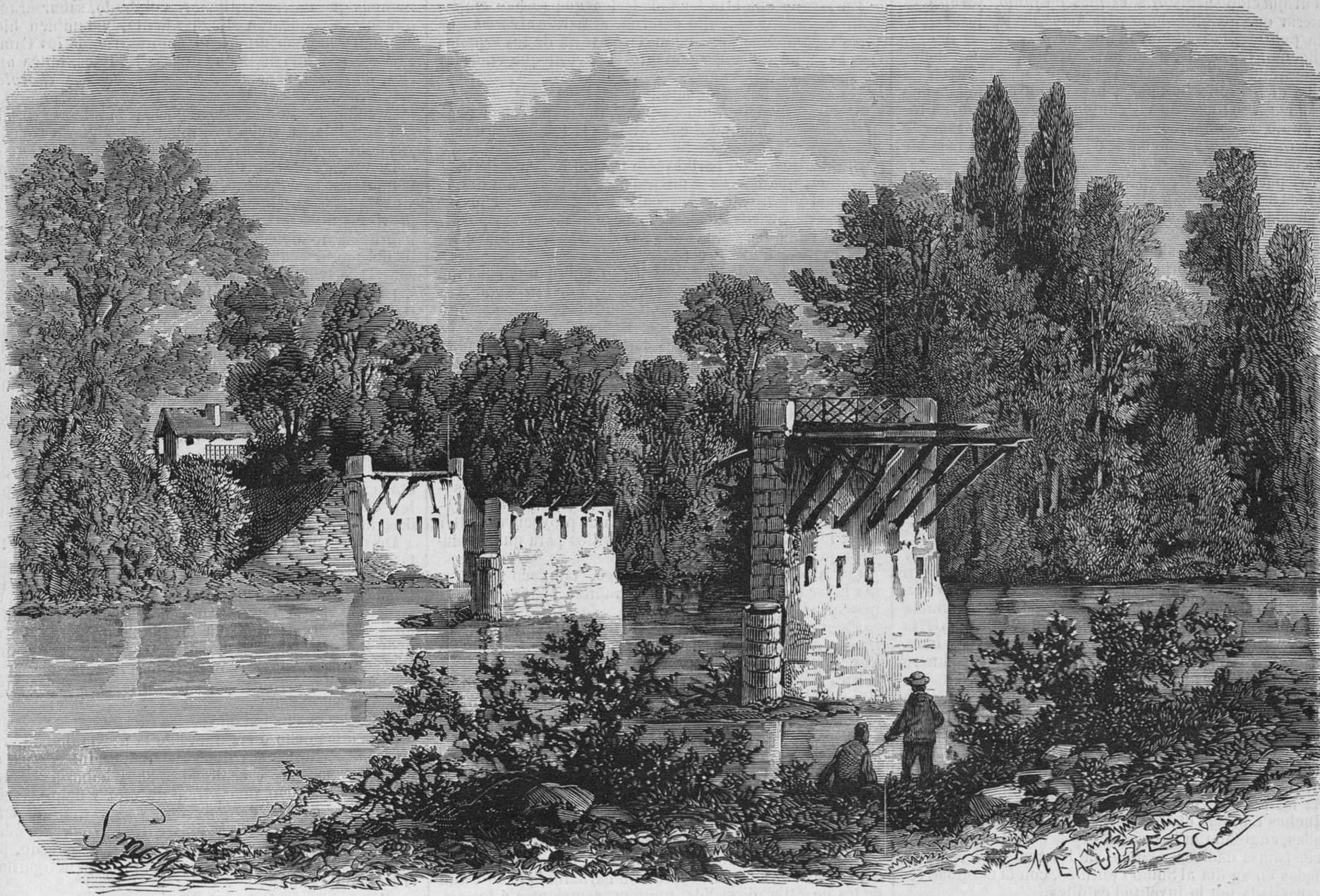
Administración general y Redacción: Passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

Las ruinas: Estado actual del puente de Champigny en las cercanías de París; grabado. — Revista española. — Los pontones de Brest; grabados. — Revista de París. — Poesía:

Máximas morales. — La gran revista del 29 de junio en Longchamp; grabado. — Los correos aéreos durante el sitio de París; grabado. — Los insurrectos de París prisioneros en los puertos; grabado. — El fuerte de la isla Madame: El paseo de los prisioneros; grabado. — El conde Agenor Gaspa-

rin; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — Los suscritores al empréstito de dos millones en el Palacio de la Industria; grabado. — Las ruinas de París: Estado actual de los Docks de la Villette; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.



LAS RUINAS. — Estado actual del puente de Champigny en las cercanías de París.

Las ruinas.

CHAMPIGNY. — LOS DOCKS DE LA VILLETTE.

El primer grabado de este número representa una de tantas ruinas como ha hecho la guerra, así como el último figura también otras ruinas, debidas estas á la insurrección. Entre los arcos rotos del puente de Champigny corre el Marne, reflejando en sus aguas una arboleda deliciosa. Es un paisaje verdaderamente digno del pincel de un artista.

Mas dejemos el campo y entremos en Paris.

El 27 de mayo un último incendio mas grande y mas terrible que todos los que hasta entonces habian alumbrado con sus siniestros resplandores á la espantada ciudad, resplandecía por el lado de la Villette.

Eran los Docks y los almacenes generales de M. Trotot, que estaban ardiendo.

Componíanse estos depósitos de tres construcciones principales situadas á la orilla del canal del Durcq, el uno en el número 204 del boulevard de la Villette, en lo alto del faubourg Saint-Martin, y los otros dos cerca del Pont-Tournant, junto á la calle de Crimea. Parece ser que habia en ellos por mas de diez millones de mercancías que han sido devoradas por las llamas.

Nada mas triste que el aspecto de esas ruinas fielmente representado en nuestro dibujo. (Véase pág. 64).

El puente ha caído al agua; y á lo largo del canal se prolonga una serie de paredes horriblemente destrozadas. ¡ Detrás no hay mas que restos!...

C. P.

Revista española.

Un mes completo. — Sucesos para todos los gustos. — Funciones religiosas. — La batalla de los faroles. — Las verbenas. — Aventuras de un caballero grave y una joven ligera. — Desdichas. — Carlos Rubio. — La ciega de Manzanares. — Libros nuevos. — Una venganza en ópera. — Una anécdota que prueba que aunque la mona se vista de seda...

Considerando en globo los acontecimientos con que ha enriquecido su historia el mes de junio, preciso es confesar que los ha habido para todos los gustos.

La política, la religion, la ciencia, el arte, la fuerza, el ingenio, la alegría, el dolor, en una palabra: todos los sentimientos, todos los afectos que mas influyen en la vida de los seres humanos, han tenido ocasion de manifestarse, produciendo un conjunto que solo puede tener punto de comparacion con una de esas fantasías de Hossian, con alguna melodía de Beethoven, ó con algun cuadro de Oberweck.

Voy, pues, á trazar, con todo el colorido posible, los diversos sucesos de tan aprovechado mes.

Considerémosle primero bajo el punto de vista religioso.

Debían los católicos celebrar en uno de sus primeros dias la fiesta del Corpus; poco despues, teníamos que conmemorar con verdadero entusiasmo un grave acontecimiento: el padre comun de los fieles, el venerable Pio IX, iba á cumplir el vigésimoquinto aniversario de su pontificado, y como despues de san Pedro es el primer Pontífice que ha llegado á cumplir este aniversario desde su exaltacion á la santa silla, era un motivo de verdadero júbilo para los fieles católicos ver al papa mas combatido por el espíritu revolucionario, levantarse majestuoso, con el auxilio de la Providencia, sobre las asechanzas de sus perlinaces enemigos.

Existen en España innumerables asociaciones de jóvenes católicos, cuyo objeto es mantener en toda su pureza el catolicismo, para contrarrestar los efectos de la propaganda protestante y las intrusiones de la escuela racionalista.

Estos jóvenes, á cuyo lado no se desdeñan de figurar algunos hombres de edad y de importancia, se habian propuesto solemnizar con gran pompa el venturoso aniversario, y desde luego habian formulado el programa de los festejos, proponiéndose de paso implorar de la piedad de los españoles las cantidades de que su buen corazon quisiera desprenderse para aumentar el dinero de san Pedro.

A este fin, no solo en las capitales de provincia, sino en los pueblos y en las mas apartadas aldeas, por medio de sus socios corresponsales, de los periódicos, y empleando todos los recursos que sus buenos deseos les sugieran, procuraron hacer general la mencionada suscripcion, y al efecto admitian desde las mas insignificantes hasta las mas crecidas cantidades.

Muchas familias distinguidas, muchas personas acudadas, aumentaron la suscripcion y la enriquecieron con preciosísimas dádivas, algunas de las cuales fueron presentadas en su día al Sumo Pontífice, con la cantidad total recaudada por la juventud católica.

Otras de las alhajas y no pocos de los objetos ofrecidos por la piedad, permanecieron expuestas al público algunos dias, y se piensa lo que muy en breve ha de realizarse; esto es: hacer una rifa para aumentar, con el producto de ella, la ofrenda de Su Santidad.

No quiero, puesto que me ocupo de estos detalles, dejar de referir dos anécdotas que evidencian el verdadero amor que todas las clases de la sociedad profesan al rey de los fieles.

Un pobre cura que ha tenido que abandonar su aldea para no morir de hambre en ella, al presentarse en casa de la marquesa de Malpica, donde estaban expuestos los donativos de Su Santidad, conmovido en presencia de aquellas muestras de piedad, recordó que lo único que poseía era un modestísimo reloj de plata.

— No tengo mas, dijo quitándosele y ofreciéndosele á la ilustre dama allí presente.

Un joven llevaba un alfiler en la corbata, y desprendiéndose de él.

— Señora, dijo entregando aquella humilde joya, sirva este pobre recuerdo para anunciar que el que le entrega está dispuesto á perder hasta su vida, si es preciso, en defensa de la religion católica.

Muchas y muy notables han sido las pruebas de fervor religioso que se han dado en aquellos dias, pero necesitaban el contraste, y el contraste no faltó.

Empecemos por decir algo de la funcion del Corpus.

Desde que tenemos libertad de cultos, y por añadidura anda escaso de recursos el ayuntamiento, todos los años se anuncia que va á ser suprimida la procesion. Esta procesion es de todo punto necesaria para los madrileños, y sobre todo para las madrileñas. Sabido es que nuestras elegantes damas estrenan en ese dia sus mas ricos vestidos, sus mas bellos adornos, y despues de haber pasado la procesion, engalanan las calles de la carrera con sus airoas figuras y sus caras de cielo.

¿Cómo pueden renunciar al placer de exhibirse, y cómo sus admiradores pueden conformarse con la idea de no verlas en ese dia en el sitio acostumbrado?

Don Amadeo de Saboya, comprendiendo que daría gusto á sus adictos, resolvió costear este año los gastos de la procesion, y gracias á este rasgo de munificencia, madrileños y madrileñas han podido verse como en los años anteriores.

El dia fué hermosísimo, no hizo calor, porque, me apresuraré á decirlo, estamos disfrutando de una temperatura que nada tiene que envidiar á la que se disfruta en las hermosas poblaciones de Suiza y de Alemania, temperatura que buscan todos los veranos, con avidez, nuestras mas distinguidas familias.

Hablemos ahora de los festejos para celebrar el vigésimoquinto aniversario del pontificado de Pio IX.

En todas las provincias se hicieron manifestaciones de público regocijo.

Hubo funciones religiosas; los balcones estuvieron ricamente colgados, y por la noche hubo brillantísimas iluminaciones.

En alguna que otra localidad, los que se han empeñado en abolir el culto externo, armaron algunos que otros escándalos; pero como la mayoría de los españoles es católica, los descontentos tuvieron que encerrar en su casa el mal humor.

No sucedió lo mismo aquí.

Desde muy temprano empezaron las personas poco afectas al catolicismo á contrarrestar la tendencia de sus adversarios.

Sin distincion de partidos, lo mismo los palacios aristocráticos que las casas modestas y hasta las humildísimas guardillas, ostentaron colgaduras, doseles con los retratos de Su Santidad, escudos con las armas pontificias ó banderas en las que sus dueños habian escrito un fervoroso *Viva Pio IX*.

En la basílica de San Isidro se celebró una solemne funcion religiosa, y predicó el obispo de la Habana.

Teníase preparada una procesion, pero empezaron á circular rumores de que una llamada *partida de la porra*, que funciona en esta capital, se opondría á ella, y, con muy buen acierto, se suspendió esta manifestacion.

Despues se ha asegurado que algunos bromistas habian reunido treinta ó cuarenta gatos, habian adherido á su cola abultados pedazos de hoja de lata, y se proponían arrojar aquellos animalitos á la calle en el momento en que pasase la procesion, para asustar con su estrépito á los fieles y producir una escena muy semejante á la del *Rosario de la Aurora*. Otros aseguraban que además de los gatos habia el proyectó de soltar en el momento mas crítico dos novillos para que produjeran la dispersion.

Como la procesion no se verificó, tampoco pudo tener lugar este sainete, que bien hubiera podido convertirse en tragedia.

Algunas colgaduras originales que ostentaban dos ó tres balcones, hacian presumir que el dia no acabaría tranquilamente.

En efecto, aparecian colgados uniformes de voluntarios de la libertad, sin que les faltase el revolver ni la espada.

Entre los adornos con que habian engalanado algunos edificios sus dueños, figuraban en primer término la fachada de la habitacion que ocupa la asociacion de la juventud católica de Madrid, la de la condesa de Borros, la del marqués de Monistrol, la de la condesa del Prado, la de la duquesa de Medinaceli y algunas otras.

A la caída de la tarde, y á pesar de los esfuerzos, que, segun dicen los amigos del gobierno, hicieron los agentes de la autoridad, una turba de bárbaros, por el estilo de los de Atila, ó, si Vds. quieren, semejantes á los co-

sacos que habrán tenido ocasion de ver en la zarzuela *Catalina*, se agruparon delante de la casa de la juventud católica, y subiéndose por las ventanas á los balcones, destruyeron todos los farolillos de colores para la iluminación, los escudos, el dosel, el retrato de Su Santidad, y formaron con ellos una hoguera en medio de la calle.

Escenas semejantes tuvieron despues lugar en las calles de las otras casas de igual modo adornadas. «*Abajo los faroles*,» gritaban; y cuando los vecinos pacíficos, por no atreverse á salir al balcón dejaban las luces, á las palabras de los foragidos seguian gruesas piedras, que rompian los faroles y hacian trizas los cristales.

Fué una verdadera orgía, y no tuvieron poco que trabajar los apagaluces, porque, en honor de la verdad, es preciso decir que podian contarse las casas de Madrid que no ostentaban iluminación.

Madrid estuvo, durante una noche, entregada á aquellos, al parecer, partidarios del oscurantismo, aunque ellos y sus amigos pregonan que sin los derechos individuales no es posible ninguna sociedad.

La civilizacion salió descalabrada aquella noche, y los únicos que ganaron con aquellos actos de salvajismo, fueron los vidrieros, que al dia siguiente no se daban mano á colocar cristales en gran número de casas de Madrid.

A pesar de todo, se celebraron aquel dia funciones religiosas, y ocho dias despues, en el templo de las Calatravas, solemnizaron el mismo fausto aniversario los caballeros de las órdenes de Montesa, Calatrava y Alcántara. Una buena parte de las señoras y señoritas que componen la asociacion de las *Hijas de Maria* cantaron la misa y una plegaria, obra de la distinguida compositora doña Paulina Cabrera de Ahumada.

Al dia siguiente de la batalla de los faroles, hubo gran alharaca en el Congreso, y el resultado de las discusiones allí mantenidas fué obligar al gobernador de Madrid á dar explicaciones.

Despues hemos tenido una crisis y una contra-crisis; pero como todo esto es política, no me ocuparé de ello, y para que la transicion sea menos violenta, diré algo de las verbenas que se han celebrado en este mes, porque tienen una mezcla de religiosas y de profanas. Como dice el cantar,

La primera verbena
Que Dios envia,
Es la de San Antonio
De la Florida.

Vino la verbena de San Antonio con sus rosquillas del santo, sus tiestos de albacá y las efigies de San Antonio, de barro, con mucho azul y mucho almazarrón.

Siguió la de San Juan, con una hermosísima noche, y las personas alegres, que son muchas á pesar de los tiempos que corremos, llenaron el Prado, saborearon los buñuelos, paladearon el aguardiente, y tambien hicieron ganar mucho dinero al empresario de los Campos Elíseos, pasando la noche en sus jardines, entre amatorios, devaneos, serenatas, refrescos, cenas y *chocolates matutinos musicales*.

Aquella noche fué desgraciada; la alegría produjo muchos dolores. Hubo tres muertos y algunas riñas, cuyas consecuencias fueron heridas graves.

La verbena de San Pedro no ofreció este triste espectáculo; por el contrario, reinó en ella completa alegría, y cualquiera que hubiera venido desde el fondo de una provincia ó de una aldea á Madrid aquella noche, se habria vuelto diciendo que Madrid era la capital mas feliz del mundo, que estaba nadando en oro, y que nos sonreía la felicidad mas completa.

¡Sarcasmo de la vida! Precisamente aquel dia discutian los padres graves del Congreso importantes cuestiones de hacienda, y revelaban al país que hemos gastado mas de lo que tenemos, y que nos vemos en la situacion de los que gastan lo que no tienen; pero tambien esto es política, y no me he de ocupar de ella aunque me asalte á cada instante con sus tristes recuerdos.

Las verbenas son, seguramente, una diversion nacional en España. Celebramos las vísperas de algunas de nuestra devocion, entregándonos á las mas locas alegrías; pero ¡ay! ¡cuántas mujeres, ávidas de asistir á esos espectáculos, de pasar una noche estando despiertas, encuentran en esa satisfaccion de un capricho la desgracia de toda su vida!

Dios me libre de filosofar en esos tiempos en que tantas calamidades pesan sobre la humanidad; mi filosofia seria una calamidad nueva. Pero si no filosofo, permítanme al menos los lectores que les cuente una anécdota de la verbena de San Juan, que, aunque no se refiere á una joven inexperta ni siquiera á una *hija de Eva*, ha causado el descrédito y un gran disgusto á un personaje conocido hasta ahora por su influencia en la política, por su gran fortuna y por la gravedad de su carácter.

El hecho es el siguiente:

Salía á las ocho ó las nueve de la noche de conferenciar sobre asuntos sin duda del mayor interés para la patria, y por qué casualidad apenas habia dado cinco pasos, tropezó con una joven de diez y ocho á veinte años, que, con su cara de rosa y su vestido de percal claro, muy almidonado y muy airoso, su velito aéreo, su gracioso peinado y una rosa por todo adorno, produjo en este Fausto el mismo efecto que la Margarita en el Fausto de Goethe.

¡Pícaro cuarto de hora!

Involuntariamente se enredó un fleco de un pañolito de crespon que llevaba la joven, con un boton de la levita del caballero.

— ¡Ay! exclamó la sílfide, con voz meliflua, que penetró en el corazón de nuestro hombre, ya machucho, porque debo advertir que ya pasaba de los cincuenta. Vd. dispense, caballero.

— No hay de qué, contestó él.

— Ya puede Vd. imaginar que ha sido sin querer.

— Eso es lo que yo siento, se atrevió á decir el galán, recordando sus mocedades.

— Jesús qué cosas dice Vd., añadió la joven, poniéndose muy encarnada.

El diablo toma todas las formas de la seducción.

¿ Creer Vds. que el personaje pensó en aquel momento que la joven á quien estaba adherido por un fleco podía proporcionarle una aventura amorosa?

Nada de eso; si tal idea le hubiera asaltado, se habría avergonzado de ella.

Hé aquí lo que pensó:

— ¡Pobre muchacha! sin duda es una modistilla.

Habría dicho á su madre tal vez que va á pasar la noche á la cabecera de una amiga enferma, y la infeliz corre á la verbena en pos de una ilusion que puede costarle caro. ¡ Si yo pudiera salvarla de las garras de algun Tenorio menos comedido que yo!...

Y movido por este espíritu de conmiseracion:

— Para que no se detenga Vd., dijo á la joven, seguiré su camino é iremos poco á poco desenredando el fleco del boton.

La muchacha no se hizo de pencas.

— Caballero, mire Vd. que soy una joven honrada, le dijo, y no puedo consentir...

— Por lo mismo, añadió el doncel, tengo obligacion de acompañar á usted.

— Si Vd. se empeña...

El boton se desprendió del fleco, pero no sucedió lo mismo con el galán y con la dama. El no podía desprenderse de ella.

Hablando, hablando, aunque por calles retiradas y oscuras, porque el caballero temia las consecuencias del espectáculo que podia dar si llegaban á verle convertido en un pirata callejero, llegaron hasta el paseo de Recoletos y se acercaron á la puerta de los Campos Eliseos. La muchacha queria entrar, pero entrar con el galán, sin duda alguna para economizar el gasto de la entrada y poder cenar opíparamente á costa de aquel galán que le habia deparado la fortuna.

Para no cansar al lector, le diré que el caballero se obstinó en no penetrar en los *Campos Eliseos*, sin duda para no pasar el Leteo en la barca de Aqueronte y encontrarse de manos á boca con el Cancerbero.

Media hora despues se hallaban el galán y la dama, ¡ maravillense nuestros lectores! en una prosaica buñolería de la calle de San Joaquin, sentados mano á mano á una mesa mugrienta, teniendo delante una colmada fuente de buñuelos y al lado una botella de aniseta de Burdeos.

La joven se habia propuesto divertirse, aunque honestamente, y su diversion se la proporcionó el galán.

Serian las dos de la madrugada, cuando la joven, al salir de la buñolería con el caballero, ya un poco calamocano, encontró á unas amigas, se unió á ellas, y entre las jóvenes y los galanes que les acompañaban comenzaron á divertirse con el personaje.

¿ Qué pensarían sus criados y su ayuda de cámara, y no digo su esposa ni su familia, porque es soltero y vive entre criados, qué pensarían, repito, al ver entrar á su excelencia dando traspiés y embriagado, no con Champagne, que esto, al menos para algunos, es disculpable, sino con el plebeyo aguardiente?

Todo Madrid sabe esta escena. El protagonista cree que solo lo saben sus criados, y desde entonces no hace mas que darles propinas y asegurarles que les dejará algo en su testamento.

¡ Pobre señor!

Hé aquí un caso de los peligros que tienen las jóvenes, y mas que las jóvenes, las jóvenes guapas, solas, con vestido claro de percal, velo económico y una rosa por todo adorno.

Durante el mes de junio ha habido tres suicidios:

Primero; el de una criada, que, sin que se hayan podido saber los motivos, por mas que se presuman, se arrojó al pozo de la casa en donde vivia.

Segundo; el de una joven de una familia muy acomodada, que despues de haber querido á un amante, supo con sorpresa que iba á casarse, y tomó un veneno para morir, al mismo tiempo en que el perdido recibia la bendicion nupcial.

Tercero; el de un joven de veinte á veinte y dos años, que, en la calle de Alcalá, en las primeras horas de una hermosa mañana puso fin á sus dias, levantándose la tapa de los sesos con una pistola.

La historia de esta última desdicha se debe al poco celo con que las autoridades persiguen las casas de juego.

Desde hace muchos años, se ha establecido en Madrid una industria, que ha causado la perdida de muchísimas familias, en su mayoría de jornaleros.

Esta industria es el juego, pero no el juego del monte, ni siquiera el de la *ruleta*, ni siquiera el del *siete y medio*. Tiene una apariencia mucho mas cándida; ha robado á las reuniones familiares y amistosas sus encantos, para presentarse de esta manera pérfida y solapada á los incautos.

Es el juego de la lotería; es ese cándido entretenimiento de las noches de invierno, que reúne en torno de una mesa á dos ó tres familias, y ofrece grato solaz,

haciendo ambos, ternos y quinas, salpicando la conversacion con aquella nomenclatura especial que se dá á los números, diciendo el *sesientan siete, el único, arriba y abajo, el duque*, etc., etc.

Pues bien; la lotería ha abandonado, sin duda por efecto de la libertad, el hogar de la familia, se ha metido en los cafés, y allí, proporcionando cuarenta, cincuenta y hasta cien pesos diarios á los que ejercen esta industria, por solo el alquiler de los cartones, hace que el estudiante deje sobre el tapete verde *oficial* las cantidades que le envia su pobre familia para atender á su manutencion y á sus estudios, que el jornalero pierda allí en media hora todo el salario de la semana, que el dependiente de la casa de comercio, que el criado, en una palabra, que todos los que manejan fondos cedan á la tentacion, vayan á probar fortuna, y salgan convertidos en enemigos de los que le dan el pan, predispuestos á cometer toda clase de estafas, y, cuando aun tienen un mal entendido pundonor, á llevar á cabo crímenes como el del joven de la calle de Alcalá.

De cuando en cuando visita la autoridad esas casas de lotería, y durante dos ó tres dias permanecen cerradas; despues vuelven á abrirse, y continúan preparándose las mismas catástrofes.

He hablado de suicidio, y debo decir tambien que el mes de junio ha visto tambien verificarse dos desafíos.

Hubiera habido muchos mas por cuestiones políticas, si no se hubiera echado tierra al asunto, pero de los dos que se han llevado á cabo por cuestiones femeninas, uno de ellos ha estado á punto de ocasionar una verdadera desgracia.

No saldré del capítulo de calamidades y horrores, sin referir algun otro suceso.

La condesa de Vegamar, señora muy distinguida, tuvo el capricho de hacer café en una maquinilla de las que con tanto gusto usan las señoras. Cuando mas deseudada estaba, hubo una explosion, y sufrió tanto la pobre señora, que al pronto creyeron todas las personas de su familia que se quedaria ciega.

Por fortuna hay la esperanza de salvar su vista, pero no por eso deja de ser lamentable el mencionado tratamiento.

La buena sociedad de Madrid ha perdido uno de los mas bellos astros de los salones. Blanca de Osma, que, con su talento, su hermosura, su discrecion y sus virtudes, era el ídolo no solo de su familia, sino de cuantas personas la trataban.

Tambien ha perdido España á uno de los poetas mas inspirados, á uno de los publicistas de mas talento, á uno de los hombres de mas corazón, á uno de los políticos mas honrados, á un verdadero genio: á Carlos Rubio.

Pocos son en España los que no conocian á este escritor; quizás sean tambien pocos en América los que no hayan tenido ocasion de leer alguna de sus bellísimas composiciones, ó por lo menos las novelas que en sus mocedades publicó con el pseudónimo de « Pablo Gambar. »

Carlos Rubio, afiliado al partido progresista desde 1854, ha venido haciendo los mayores sacrificios por el triunfo de sus ideas.

No solo con la pluma, sino arriesgando su propia vida, ha sido á veces héroe, y por lo mismo, sin duda, tenia que ser mártir.

Sus amigos le han pagado con la mas negra ingratitud.

Habia nacido en Córdoba, y desde muy niño vino á Madrid con su familia, estableciéndose en una modesta casa de la calle de la Verónica.

Su ídolo era su madre; durante muchos años permaneció al lado de aquella santa mujer en la indicada casa.

Allí pasaba su vida, consagrado á estudiar la carrera de leyes, á escribir versos y á adorar á su madre.

Al mismo tiempo que por sus grandes cualidades, se distinguia por la incuria, por el abandono de sí mismo.

Jamás se peinaba; rara vez se lavaba.

Su traje siempre estaba sucio, siempre roto, parecia hacer gala de desprestigiar la conveniencia de la sociedad bajo este punto de vista.

Todos cuantos esfuerzos hacian su madre y sus amigos para sacarle de aquella inercia estética eran inútiles, y sin embargo, sus facciones, á pesar de faltarle un ojo, eran hermosas, habia algo noble, algo extraordinario en aquella fisonomía.

Desde muy niño conoció á la que ha sido su mujer y hoy es su viuda.

Mas de doce años estuvo en relaciones con ella, y al estar emigrado en Londres, algunos dias antes de la rebelion del 22 de junio de 1866, habiendo empeñado su palabra de que tomara parte activa en la pelea en las calles de Madrid, hizo ir á Londres á su amada, se desposó con ella, y al dia siguiente la abandonó para acudir á su puesto de honor en las barricadas.

Los lectores saben que en aquella época no pudo triunfar el partido progresista, pero lo que quizás no saben, es que desde entonces, hasta el triunfo de la revolucion de setiembre, no cesó un solo instante de trabajar en pro de su causa.

Al venir aquí y al ver que no todo lo que se habia prometido se cumplia, quiso mantener en toda su pureza la bandera de su partido, y abandonado por sus correligionarios, ha caido al fin abrazado á su bandera.

Vivia en una fonda, pero habia conservado siempre la casita de la calle de la Verónica, en donde habia vivido con su madre, y cerrado los ojos de tan santa mujer.

Al sentir próximo su fin, pidió que le llevaran á aquella casa; en efecto, allí exhaló el último suspiro.

Pocos fueron los que le acompañaron á la última morada, pero ¿ qué importa?

El político ha muerto; queda el poeta, queda el escritor, queda el hombre honrado, queda el carácter puro y enérgico, queda el corazón agradecido, queda un gran ejemplo que imitar.

Ya que hablo de un poeta, permitidme que os hable de dos poetisas.

Desde 1840 hasta que el ferro-carril reemplazó á las diligencias para viajar por la Mancha, todos los viajeros se veian saludados al llegar á Manzanares por una joven, ciega, improvisadora, y que por añadidura despues de dedicar algunos versos *calamo carrente* á las damas y caballeros, solia conversar en latin con los eclesiásticos.

¡ Pobre María Francisca Carralero!

Yo era muy niño cuando la conocí, y tambien le merecí mis correspondientes versos, pero esta deuda se la pagué, aunque no en tan buena moneda.

Pero vamos al caso.

Una gran poetisa, una mujer que es además como esposa, como madre y como señora, objeto de general admiracion, Carolina Coronado, ha tenido la excelente idea de traer á su quinta del barrio de Salamanca á la improvisadora María Francisca, que sin las limosnas de los viajeros estaba en la indigencia, y para aliviar su desgracia se ha propuesto reunir las mas correctas improvisaciones de la Ciega de Manzanares, publicarlas con un prólogo de su elegante pluma, y proporcionar de este modo un capital á la infeliz para que de su renta pueda vivir con algun desahogo.

Ahora bien: María Francisca, no ha escrito nunca sus composiciones, ¡ porque no sabe ni leer ni escribir! pero tiene una memoria maravillosa, recuerda no solo lo suyo si no lo ajeno, y la obra de caridad de Carolina Coronado podrá realizarse.

¡ Dios la bendiga!

Recordando la historia de su protegida recuerda un cronista, que los viajeros á quienes antiguamente saludaba al apearse de los coches y diligencias, la socorrian, sin que faltasen otros que contestasen á sus saluciones con descortesces bufonadas.

Entonces la pobre ciega añadia, dulce, afable, atenta con todo el mundo, solia probar que si ordinariamente cultivaba el ditirambo, no le era desconocido el epigrama.

Una vez pidió pié para una décima á cierto individuo y este alargó el suyo con marcada grosería. La ciega le adjudicó este castigo:

Para tomar la medida

Buena ocasion en verdad:

La falta de urbanidad

La tiene bien merecida;

Pero yo estoy decidida

A llamar al mayoral

Y que me traiga un acial,

Que es decir en este dia:

« Usted es caballería

Y yo soy el mariscal. »

La décima no es muy correcta, pero fué muy oportuna.

Para que mis lectores comprendan que la improvisadora es tambien poetisa, voy á reproducir su mejor soneto. Hé aquí cómo la infeliz cuenta su historia y revela los sentimientos de su alma:

Nací, y en el nacer quedéme ciega,

Y lloré, sin saber mi desventura;

Y hoy, sumida en recuerdos de amargura,

Solo en llorar mi corazón sosiega.

¡ Su luz, su resplandor el sol me niega:

Jamás ví de la luna la hermosura,

Ni admiré de la nieve la blancura,

Ni ví este rostro que mi llanto riega!

¡ Á inspirar compasion no sé si acierte

Este cantar de la divina ciencia

Que me legaste, desgraciada suerte!

¿ Quieres que sufra y ceda á tu influencia,

Arrastrando esta vida hasta la muerte?

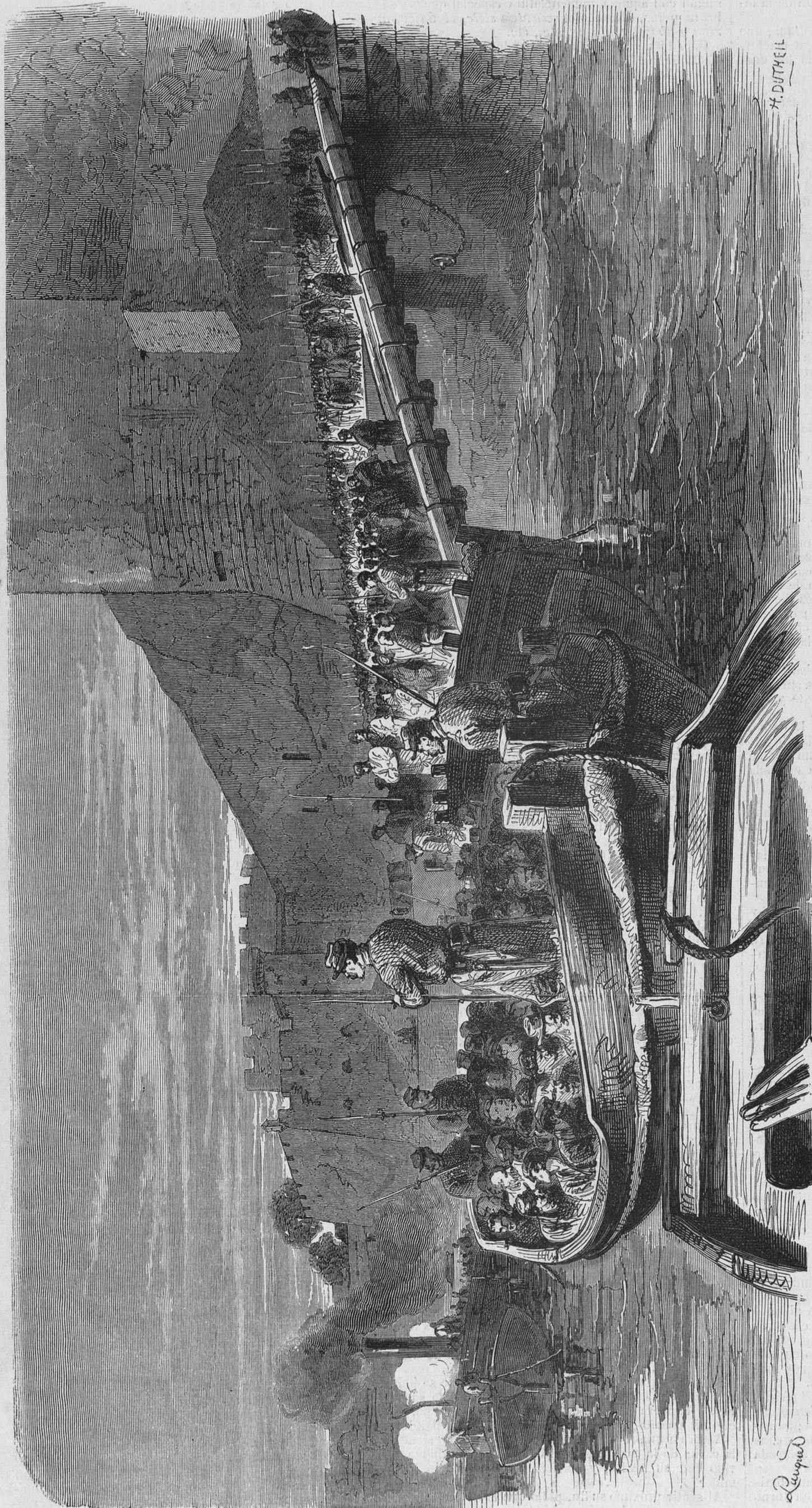
¡ Pues mirame sufrirla con paciencia!

Muy en breve se publicarán en un tomo las obras escogidas del malogrado escritor Gustavo Adolfo Beequer. Buscadlo y hallareis en aquellas páginas el corazón de un verdadero amigo.

Don José Plácido Samson, autor del precioso libro de poesías *la Familia*, ha publicado con el título de *Flores del alma* un lindo tomito destinado á los niños.

El libro de Castro y Serrano, *la Capitana Cock*, que anuncié á mis lectores, ha conquistado un verdadero triunfo á su autor.

La coleccion de novelitas de *la Familia Cristiana* que publica el editor Perez Dubrull han obtenido un éxito fabuloso. No hay familia que no posea esta interesante coleccion de novelas morales, amenas é instructivas.



Embarco de insurrectos prisioneros en el puerto de Brest.

Pereda, el autor de las *Escenas Montañesas*, ha publicado la segunda parte de este popular libro, titulándola *Tipos y Paisajes*. ¡Con qué colorido describe las costumbres de la montaña de Santander!

También está llamando la atención en otra esfera la *Historia de Guipuzcoa* que acaba de dar á luz el sabio vascongado señor Soraluer.

Por último, como los lectores americanos son, y hacen bien, muy aficionados á los versos, les anunciaré la aparición de un tomito titulado *Trinos*, inspiracion de un jóven que hace sus primeras armas y que se llama Manuel Jorreto.

¡ Hé aquí una muestra :

— Dime niña, ¿ qué buscas ?
 ¿ De dónde vienes ?
 — Del cielo vengo, y busco
 Quien me albergue.
 — ¿ Cómo te llamas ?
 — Soy la verdad. — Entonces...
 Vuelve á tu patria.

* *

Dicen que el amor es fuego
 Que abrasa los corazones,
 Debe ser ceniza el mio
 Desde que tú me conoces

* *

Es un fuego la vergüenza
 Que enciende Dios en el alma,
 Le conservan las virtudes
 Y los pecados le apagan.

El autor de estos cantares es un verdadero poeta.

De los libros á los teatros la transicion es natural.

Por desgracia los teatros en el mes de junio apenas han dado señales de vida.

Los circos ecuestres y gimnásticos, los conciertos en los jardines, los variados espectáculos de los Campos Eliseos, las corridas de toros, han constituido las distracciones favoritas del público.

Lo único notable ha sido el ensayo de ópera nacional que con gran éxito se ha llevado á cabo.

Dos óperas de autores españoles se han cantado, y el público ha aplaudido, aficionándose á este espectáculo que nos faltaba.

De la primera, *Fernando el Emplazado*, hablé en mi anterior revista. Oid ahora el argumento de la segunda, que se titula *Una venganza*.

« Un poderoso y activo conde que seguia las banderas de Don Enrique de Trastamara, hombre ya entrado en años, pero de una galanteria crónica, se enamora de Aurora, doncella hermosa y pura, cuyo padre ha caido prisionero del conde en los campos de Montiel, donde perdió corona y vida el rey Don Pedro.

» Aunque sabe que la bella ama al page Gonzalo, el terrible señor feudal la necesita y resuelve casarse con ella ó dar muerte á su padre; de manera que la infelz luchando entre su amor y el cariño filial, se decide por este, y á trueque de salvar la vida al autor de sus días, sacrifica á Gonzalo, aunque le cuesta mucho trabajo separarse de él, tanto que dice :

« ¡ No, no es posible !
 ¿ Cómo vivir podrá, si no te mira,
 La que al aliento de tu amor respira ? »

Gonzalo le pide que no le olvide y ella jura no olvidarle.

« En el acto segundo se celebra la boda, y como no hay cuadro sin



2º grupo de pontones.

Navio le Fontenoy, Navio la Bretagne.

Los insurrectos prisioneros en los puertos. — Pontones de la rada de Brest.

Trasporte l'Atlante.

Corbeta acorazada.

Trasporte la Marné.

Trasporte l'Hermione.

sombra, ni rosa sin espinas, aparece Sancho, taciturno personaje que tuvo en sus mocedades desengaños, y canta con rencorosa voz :

Si conociérais una sombría
Historia triste, que no olvidé,
Viérais cuán necio es el que fia
En la constancia de la mujer.

» Gonzalo quiere aun dudar de su desdicha, con la ceguedad del que quiere de veras; pero Aurora, atemorizada por el conde, dice que no le ama, que no le amó jamás.

» Entonces él se desespera y fuera de sí, lánzase puñal en mano para matarla: hay un grito ahogado, la prision del atrevido y cae el telon.

» En el acto tercero se expresa Gonzalo desde su prision en estos términos :

¡ Adios, sueño de amores!
¡ Esperanzas, adios! ¡ Adios ventura!
¡ No aumenteis los dolores
De este infeliz que ayer aun esperaba,
Soñaba amores y placer soñaba!

» Llega Aurora á salvarle, él resiste, le vence al fin y cuando va á partir, Sancho aparece anunciándole que el conde le ha perdonado y que la espera á ella para el festin nupcial.

» El amante quiere alejarse ó ir á hacerse matar en guerra con el moro; mas Sancho le detiene, le hace oír el lenguaje venenoso de los celos, enciende en su alma el fuego de la venganza, que consume su propio corazon, y le da un tósigo para que lo escancie en la copa del conde su rival.

» Protesta en un principio y resiste el doncel; pero al fin acepta el fatal pomito y exclama :

Que halle el vil en su gozo la muerte,
Y la tumba en el lecho nupcial.

» Sancho, que dió muerte á su esposa muchos años antes, porque fué seducida por el conde, contempla su venganza cercana y se estremece con el gozo feroz del rencor fermentado, mientras el coro canta alegremente y dice la triste Aurora :

¡Cuál contrasta su alborozo
Con mi triste, acerbo llanto!
¡Los acentos de su gozo
Hieren, ay, mi corazon!

» La escena del banquete que sigue es muy notable. Canta el coro ensalzando el placer, canta el amor el conde, sus lamentos aurora y Sancho sus celos inaplacables, acabando esta lucha de afectos encontrados con un brindis fatídico á la memoria de la esposa culpable de Sancho, que hace erizar los cabellos del seductor.

» Sancho le dice entonces que Gonzalo es su hijo, y este al ver que ha envenenado á su padre, se retuerce lleno de desesperacion en los brazos de Aurora, mientras el conde espira, y Sancho, ya vengado, arroja muy tranquilo la espada y se deja prender.

El asunto, como ven Vds., es altamente dramático.

Para ofrecer á los lectores un fin de fiesta, necesito llevarlos á un banquete, al que por primera vez asiste un político de la última hornada, recién llegado de una provincia.

— Francamente, dijo á un paisano suyo, no sé una palabra de etiqueta y voy á hacer un mal papel en el festin.

— Haga Vd. todo lo que me vea hacer, y saldrá airoso, le dijo su paisano.

Llegaron á la antesala muy puestos de frac y corbata blanca.

El *cicerone* llevaba un *claque*, lo aplastó y se lo puso bajo el brazo.

El provinciano hizo lo propio, no sin dificultad, con su sombrero de copa alta.

Todos se rieron de él, pero él no lo notó.

Al salir irguió de nuevo su *claque* el ciceron; el provinciano para imitarle metió el puño por dentro, pero con tanta fuerza, que rompió la copa y salió el brazo.

Este señor vota leyes.

JULIO NOMBELA.

Madrid 30 de junio de 1871.

Los pontones de Brest.

Aun resonaba en París el ruido del cañón y de la fusilería, cuando Brest se preparaba ya á recibir los prisioneros que contaba mandar allí el gobierno.

Con efecto, muy luego comenzaron á llegar los convoyes á aquel hermoso puerto militar. Llegaban de noche y al punto se operaba la traslación por medio de chalupas que esperaban amarradas á lo largo de los muelles.

Los pontones destinados á recibir los prisioneros forman tres grupos, situado cada uno de ellos en un punto bastante distante de la rada.

El primero, que es el que representa nuestro dibujo, se compone de los navíos el *Fontenoy* y la *Bretagne*, de los grandes trasportes el *Hermione*, la *Renommée* y la *Marne* y de la corbeta acorazada *Atalante*. Una chalupa de vapor circula entre estos diversos buques para vigilarlos activamente.

El segundo grupo que se distingue á la izquierda, en lontananza, está contiguo á la isla de Treberon y comprende los navíos la *Ville de Bordeaux*, el *Napoleon*, *Austerlitz* y el trasporte el *Yonne*.

Finalmente, el tercer grupo está anclado cerca de la isla Ronde, no lejos de la costa, que guarda el fuerte de Armórica.

Todos los buques están mandados por oficiales de navío con su tripulación correspondiente, y el estado mayor se compone de tres á cinco oficiales de marina, uno de ellos del cuerpo de sanidad.

La guardia está confiada á un fuerte peloton de soldados de infantería de marina, bajo las órdenes de dos oficiales subalternos.

El mando superior que centraliza todos los servicios se halla á bordo del *Fontenoy*.

Cada ponton contiene de setecientos á novecientos prisioneros, todos ellos miserablemente vestidos. La autoridad les distribuyó á su llegada una camisa de algodón, una hamaca y una manta, añadiendo calzado y algunas prendas de ropa para los mas menesterosos.

Los prisioneros comen juntos por grupos de diez, y hacen tres comidas, una con pan y dos con galleta. Excepto vino, que no tienen, su alimento viene á ser el mismo que el que se da á los marineros. Toda su ocupación consiste en lavar cada dia la batería que ocupan y cuidar de su propio aseo.

El estado sanitario es bueno, relativamente hablando. Se cuentan unos doce mil prisioneros en los pontones y la mortandad no pasa de cuatro hombres diariamente, por término medio.

Se ha destinado á los enfermos un ponton especial. Hay tambien algunos en el lazareto de la isla de Treberon, y los que están de gravedad, entran en el hospital marítimo.

No hay para qué decir que se han tomado todas las precauciones oportunas para prevenir y combatir las alteraciones que podrian producirse en la salud de los prisioneros, á consecuencia de la aglomeración y de la falta de ejercicio. Los buques están bien ventilados y el personal de cada batería sube sobre cubierta todos los dias durante dos horas por mañana y tarde. Se les permite fumar; y lo que es mejor, tienen completa libertad para escribir á su familia y amigos, lo que en su triste condicion es un consuelo inapreciable

C. P. D.

Revista de Paris.

Principiemos por hacer una rectificacion que atañe á las elecciones. La semana última cuando escribiamos nuestra revista dando cuenta de los resultados de Paris, las cifras no eran oficiales, y hoy que lo son ya, excluyen al último de los que citábamos en la lista, M. Bonvalet, y en su lugar aparece M. A. Moreau, lo que aumenta el número de los diputados conservadores. Es una nueva baja que ha sufrido la bandera roja.

Después de este incidente, que no deja de tener su importancia, el suceso notable de la semana trascurre, es la aparición del manifiesto de Enrique V, esto es, la aparición de la bandera blanca. Las dos extremidades. Apenas hemos salido de la Commune, nos encontramos con las reclamaciones de la legitimidad, hechas en el lenguaje que se usaba antes de la revolucion de 1789.

El conde de Chambord no se anda con reticencias: reclama lisa y llanamente la resurrección de la bandera blanca, que ha sido el glorioso estandarte de Juana de Arco y de Enrique IV.

Este manifiesto que el representante de la legitimidad ha firmado en Francia en su castillo de Chambord, donde ha permanecido unos dias, sin duda con el único objeto de declarar sus aspiraciones á sus vasallos, ha producido un efecto de sorpresa y de estupefacción que no se ha cambiado aun en el momento en que trazamos estas líneas.

Supérfluo es decir que en los partidos que no reconocen mas base de todo gobierno que el voto de la soberanía na-

cional, el manifiesto se ha considerado como una elucubración intempestiva mas perjudicial que otra cosa para su autor: lo importante es detenerse á estudiar cómo ha sido mirado por los adeptos del partido, y sobre todo por los diputados que le representan en la Asamblea de Versalles.

No habian pasado veinte y cuatro horas despues de la publicación del manifiesto, cuando se telegrafiaba de Versalles á los periódicos legitimistas de toda Francia una nota expresiva rechazando en buenos términos las inspiraciones personales de Enrique V.

« Los hombres adictos á la monarquía hereditaria y representativa, decia la nota, no abandonarán los intereses de la Francia ni sus libertades, ni se separarán de la bandera que se ha dado, bandera ilustrada por el valor de sus soldados, y que ha venido á ser la del orden social, por oposicion al sangriento estandarte de la anarquía. »

Si la declaración tiene, como se supone, cierto carácter oficial, significa pues, que los legitimistas de la Cámara se separan categóricamente del conde de Chambord en la cuestión de bandera, lo que constituye una escision abierta en el seno del partido legitimista.

Esta separación es un acto de patriotismo en las circunstancias actuales, cuando las fuerzas todas de los hombres políticos que pertenecen á los partidos conservadores son necesarias, indispensables, para consolidar una situación que permita rehacerse á la Francia de sus desastres.

En la prensa legitimista, salvo alguna excepcion, el manifiesto se considera como una abdicación formal, como una especie de retiro voluntario que se impone el conde de Chambord, tan unánimes están todos en creer imposible que la nación reciba con entusiasmo la bandera blanca.

A vuelta de todo esto, amigos y enemigos rinden homenaje á la lealtad del representante de la legitimidad que tan majestuosamente reclama sus derechos sin entrar en concesiones indignas de su raza: pero en suma, por el espíritu general de todo el mundo se puede sacar en consecuencia que la Francia rechaza las exageraciones, los partidos extremos, lo mismo la bandera blanca que la roja.

A propósito de la bandera roja, todavía Paris se resiente y se resentirá largo tiempo de los atropellos que se cometieron á su sombra.

Un documento acaba de publicarse que debemos dar á conocer, porque trata de una institución mencionada diferentes veces en nuestro periódico, y porque en él se refiere la historia de una lucha humanitaria que habria podido tener para aquellos que la sostuvieron las consecuencias mas fatales.

La Commune prohibió que ejercieran sus filantrópicas funciones los individuos que formaban la Sociedad de socorros á los heridos, y aunque el comité directivo se retiró á Versalles, el secretario general, conde de Beaufort, permaneció en Paris, bien resuelto á defender hasta el último extremo los intereses de la humanidad, como así lo hizo.

Ahora bien, el conde de Beaufort acaba de presentar un informe sobre la gestión de la Sociedad desde el 14 de abril hasta el 31 de mayo, y ese es el documento á que nos referimos, página brillante en la historia de la Sociedad francesa de socorro.

¿Qué quería la Commune?

Quería hacerse cargo del servicio de la Sociedad, excluyendo de él á todos los individuos que le formaban.

El conde de Beaufort contestó á esta pretension diciendo que solo conservando á la Sociedad su completa independencia, continuaria funcionando en favor de los heridos; y que de no ser así, la Sociedad se disolvería.

No hubo mas remedio que ceder: se borraron de los carrajes sanitarios las inscripciones comunales y se restableció en todas partes la cruz encarnada.

Pero no es todo aun.

El dia 13 de mayo la Commune se adhiere de oficio al convenio de Ginebra, y el conde de Beaufort pide como en garantía de la declaración, que se le permita enviar un servicio de socorro al ejército de Versalles, y la Commune debe pasar por ello, aunque exigiendo á la Sociedad una declaración de neutralidad que el conde formuló de la manera siguiente:

« La Sociedad de socorros á los heridos es una obra de beneficencia que tiene por lema *Honor y caridad*. Mandataria de todos los gobiernos y de todos los pueblos del mundo civilizado, distribuye los donativos de la caridad universal á los heridos, sean cuales fueren su patria, su religion ó sus creencias: así la política queda rigurosa y fatalmente excluida de su programa. Por lo demás, es inútil probar con palabras lo que atestiguan las obras; declarada sospechosa y entregada á la calumnia el 14 de abril, la Sociedad ha continuado funcionando como si su existencia no estuviera en peligro, como si solo amigos la rodearan. El personal médico y administrativo ha permanecido en su puesto, considerando que cuanto mayor sea el peligro, tanto mas imperioso es el deber. Si se le pide cuenta de sus actos, dirá: preguntad á los que nos ven trabajar dia y noche, á los únicos que pueden juzgarnos, á los heridos. »

A todo esto se iban concluyendo los dias del régimen comunal; llega el momento de la batalla, y el conde de Beaufort, que no habia querido abandonar un instante á sus heridos, en cuanto puede librarse de las bombas, de las

barricadas y de los incendios, lo primero que hace es interceder con los vencedores en favor de los heridos insurrectos que se encontraban en los hospitales.

El conde de Beaufort cita los nombres de los que le secundaron en su benéfica obra: el doctor Chenu, veterano de Crimea, distinguido escritor y director facultativo de las ambulancias parisienses; el agente de la Sociedad, M. Verdier, etc., etc., sin olvidar los nombres de las señoras vizcondesa de Sedaiges, Dehortier y Carré de Chauffour, que suplieron como enfermeras á las hermanas de la Caridad cuando fueron expulsadas ó presas por los delegados de la Commune.

Nuestro análisis del Informe no puede tener el interés que presenta la lectura de este documento, diario de operaciones de la Sociedad lleno de anécdotas, de rasgos de valor y de abnegación, y de cuadros terribles, pues hay de todo en el azaroso período á que se refiere.

Quisiéramos hablar en estas crónicas de asuntos mas en armonía con el carácter que han tenido hasta que los acontecimientos les han impuesto el que tienen hoy; pero Paris, no obstante el restablecimiento del orden material, no ha vuelto todavía ni mucho menos á la vida de los placeres y las distracciones.

Los teatros no nos ofrecen ninguna novedad interesante; todo se reduce, como ya hemos dicho, á representaciones de obras conocidas y dedicadas á los forasteros que vienen á contemplar las ruinas de la Commune.

Sin embargo, ya comienzan á volver á Paris los artistas que han estado ausentes.

Los actores mas notables del Teatro Francés, que han dado en Inglaterra una serie de representaciones muy aplaudidas, han sido obsequiados en Londres con un almuerzo de despedida en Cristal Palace, al que asistian distinguidos personajes del arte y la literatura.

El presidente del comité organizador del banquete era lord Dufferin, y los vice-presidentes eran los lores Granville, Stanhoe, Powerscourt, Lytton-Bulwer y Houghton, con los señores Disraeli, Tenyson y Macready.

En una de las salas del inmenso edificio ya citado, se habia puesto una espléndida mesa, á cuya cabecera se colocaron los miembros del comité, y á sus lados estaban los convidados y los suscritores.

Entre los convidados figuraban los señores Got, Barré, Talbot, Coquelin, Chéry, Bouchet, Bressant y Delaunay, sir A. Russell, F. Leighton, sir Digby Wvyst, Alfredo Wigan, R. Armstrong, M. Enault, sir J. Benedict, David Read, Eugenio Rimmel, Carlos Matthews, H. Blackburn, lord Fitzmaurice, Tom Taylor, Alma Tadema, Gayangos, Harrison, Ainsworth, Carlos Dickens, hijo, etc., esto es, mas de doscientas cincuenta personas.

Terminado el opíparo almuerzo, el presidente lord Dufferin se levantó, y despues de brindar á la salud de la reina y del jefe del gobierno francés, pronunció un discurso, digno bajo todos conceptos de fijar la atención de los que se interesan por el arte dramático en general, y en particular por todo lo que concierne al brillante teatro fundado por Moliere.

Lord Dufferin, en presencia de aquella sociedad tan escogida, que representaba en alto grado, como dijo con razon, el movimiento y las inspiraciones de la vida intelectual contemporánea, pronunció palabras muy propias para estrechar las lazos que unen á la Francia y á la Inglaterra.

Al brindis de lord Dufferin contestó el inimitable actor M. Got, en los términos mas expresivos.

Puesto que la aristocracia inglesa hacia el elogio del teatro francés, nada mas natural que los delegados del teatro, presentes en Londres, dieran las gracias mas solemnes á los representantes de la sabia aristocracia inglesa, « siempre antigua y siempre nueva. » De ella es la industria, las artes, la ciencia, el pensamiento vivo de la época contemporánea.

M. Got concluyó con este triple brindis:

« En nombre de la Comedia Francesa: al mundo de las artes y la literatura en Londres. En nombre del arte: A la fraternidad divina de las inteligencias humanas. En nombre de un cómico y de un poeta, á un poeta y á un cómico. — En nombre de Moliere: A Shakespeare. »

Pero nada mas interesante que el discurso final de la ceremonia. Habla lord Granville:

« Aunque vivimos en un país que se cree libre, me encuentro yo en la obligación de obedecer á las órdenes despóticas y arbitrarias, aunque muy amables, de los señores comisarios que me han encargado el brindis. Os propongo pues, señores, que brindemos á la salud de nuestro digno presidente, y que le demos gracias por el modo tan simpático como elegante con que ha expresado los sentimientos de sus compatriotas.

» Se necesita siempre mucho valor para hablar vuestra hermosa lengua, tan poderosa, tan flexible y tan clara, valor que se convierte en audacia delante de vosotros, que teneis vuestros puestos oficiales en las recepciones de la Academia, y á cuya casa todo Paris lleva sus sufragios, y además acude á aprender la pronunciación y las delicadezas de su propia lengua. Pero la verdadera superioridad es siempre indulgente, y la acogida que habeis hecho al discurso de lord Dufferin debe tranquilizarle y hasta hacerle olvidar los triunfos oratorios, que, como incomparable latinista, ha obtenido sobre los habitantes de la Escandinavia.

» Permittedme que os diga dos palabras del gran placer que experimento entre M. Got y M. Bressant, uno de los cuales acaba de probarnos que es fácil para un gran actor el ser tambien un orador muy distinguido. Aunque no sea yo tan viejo como M. Coquelin, cuando representa el papel de Des-tournel, hace cuarenta y cinco años que en mi niñez ví por primera vez á Mlle. Duchesnois declamar los bellos versos de Corneille y de Racine, y que ví á Mlle. Mars rodeada de artistas célebres, representando los papeles creados por vuestro inmortal Moliere, el mismo que, como acaba de decir M. Got, se encuentra hoy por segunda vez sentado á la mesa con Luis XIV.

» Desde entonces, en todas las ocasiones que he visitado vuestra querida y hermosa capital, despues de la primera alegría causada por el buen recibimiento de mis amigos, no he dejado nunca de correr á la calle Richelieu, para veros representar las obras maestras de vuestros grandes autores dramáticos, con ese saber, esa naturalidad y ese conjunto, que hacen la perfeccion del arte tradicional del teatro francés.

» Con una emocion singular os he visto este año en tierra extranjera, impelidos por un noble deber, representando con esa gracia que encanta en Paris, y que en los momentos de dolor es una prueba de una elasticidad de carácter, que excita la admiracion de todo el mundo. Iremos, señores, á aplaudiros á vuestra escena clásica, y me prometo que tambien vosotros volveréis aquí, y no os incomodareis si por acaso observais que todos nosotros, actores y espectadores, hemos aprovechado vuestras lecciones.»

Es imposible expresarse con mas galantería, ni celebrar en términos mas elegantes los méritos y las perfecciones de los artistas de la Comedia Francesa.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

MÁXIMAS MORALES.

(IMITACION DE FENELON)

Dad al supremo Dios cuanto merece:
No hagais alarde si teneis saber;
No os asociéis sino con gente honrada,
Reflexionad si comprender quereis.

Siempre conforme á las ideas de otros,
Por las vuestras no entreis en discusion;
Estad atentos cuando alguno os hable,
Y no hagais nunca alarde del valor.

No entretengais á nadie con sandeces
Y cuando habléis mostrad sinceridad;
Cumplid vuestra palabra con esmero,
Y no delibereis sin meditar.

Sed oficiosos, dulces, complacientes,
Y no os negueis jamás al infeliz;
Sed risueño con todos, mas no tanto
Que se atreva á vosotros el mas ruin.

Amad sin interés vuestras esposas;
Buscad en los amigos la virtud;
Perdonad las ofensas, y de pleitos
Huid, como el demonio de la cruz.

No os entereis jamás de asuntos de otros.
Y los vuestros de todos reservad;
Prestad de buena fe, mas con prudencia,
Y los servicios con honor pagad.

Si la fortuna próspera os sonríe,
Francos y amables con el pobre sed,

Y respetando la desgracia de otro
Sentid sus penas y vivid con él.

Dominad la tristeza si os amaga;
De sarcasmo y sátiras huid
Llevad la paz do reine la discordia,
Y perdonad al que os ofenda vil.

Corregid con bondad á aquel que yerra,
Y en alabando, huid la adulacion;
No critiqueis jamás la falta leve,
Ni apureis con apremios al deudor.

No recordeis jamás el bien que hicisteis,
Al olvido entregadlo con placer;
Socorred al amigo desgraciado
Sin esperar que lo pretenda él.

Moderad los impulsos de vuestra ira;
Recordad del ausente la virtud;
Sed indulgente con la falta ajena;
Vivid sobrios y huid la ingratitud.

Pensad bien, hablad poco, y no os ofenda
De los hombres la negra iniquidad;
Si jugando perdeis, perded prudentes;
Jugad por diversion y nada mas.

Tened en mucho lo que os dé cualquiera
Por ínfimo que sea su valor;
Mostraos generosos sin ser pródigos;
No despreciéis oficio ó profesion.

Sed modestos, amables, reservados;
Cultivad con esmero la amistad;
Reid sin explosion y con dulzura
Y nunca los secretos divulgad.

JOSÉ DE COMINGES.

La gran revista del 29 de junio

EN LONGCHAMP.

Dos páginas de este número consagramos al gran espectáculo militar que tuvo efecto el juéves 29 de junio en el hipódromo del bosque de Boulogne. Nuestros lectores tienen ya conocimiento de esta fiesta; mas sin embargo, nuestra lámina nos obliga á insistir en ciertos pormenores.

El tiempo estaba magnífico, y desde las doce del dia, los alrededores del campo de carreras estaban llenos de espectadores deseosos de asistir á la revista con tanta frecuencia suspendida por el capricho del sol. La gente bajaba de todos lados. Por la puerta Maillot, la puerta de Auteuil, por la avenida de la ex-emperatriz, por el Sena y por Suresnes. Este pueblecito no habia visto, hacia mucho tiempo, tal afluencia de gentes.

Las tribunas, decoradas de nuevo y empavesadas con un lujo á que no las habia acostumbrado la Sociedad de Fomento, estaban cargadas de banderas tricolores, adornadas con tapicerías y paños de terciopelo con bandas de oro; en breve fueron ocupadas por los numerosos convidados que esperaban.

La tribuna á la derecha del pabellon central, estaba reservada á los representantes, y la de la izquierda al cuerpo diplomático y á sus convidados. Las dos tribunas extremas habian sido puestas á disposicion del gobierno y de la Asamblea; se notaban diversos oficiales extranjeros.

Los diputados se han hecho notar por su exactitud. Casi todos ocupaban sus tribunas antes de la una. Se contaban pocos ausentes.

El pabellon central recibió á sus huéspedes á la una 35 minutos. M. Thiers llevaba el gran cordon de la Legion de Honor y la placa.

Estaban con él, M. Grevy, presidente de la Asamblea nacional, MM. Vitet, Martiel, Benoist d'Azy y de Malle-

ville, vice-presidentes; MM. de Rémusat, de Barante, Bethemont, Johnston y de Castellane, secretarios; MM. Baze, Pinceteau, y el general Martin des Pallieres, cuestores de la Asamblea.

M. Thiers vino de Versalles escoltado por una guardia de honor de la gendarmería; los ministros por su parte, llegaron sin escolta alguna; entraron en el pabellon algunos momentos despues del presidente del Consejo.

Los guardabosques armados con chassepots daban la guardia.

A las dos, M. el mariscal Mac-Mahon, seguido de su estado mayor, pasó al galope por enfrente de las tropas, para ir á ponerse á la cabeza del primer cuerpo Ladmiraault, al son de las cornetas y tambores.

El golpe de vista que presentaban las tropas agrupadas á lo largo de las galerías y apoyándose en el fondo de verdura, sobre el que relucian á los rayos del sol las corazas, sables, bayonetas y banderolas de los lanceros, era de un efecto impresionable.

Un ayudante de campo del mariscal Mac-Mahon, el teniente coronel Broye, tomó las órdenes del jefe del poder ejecutivo é inmediatamente la salva de 21 cañonazos dió la señal del desfile. Eran las dos en punto. La exactitud ha sido siempre una virtud militar, y M. Thiers, por su parte, practica la urbanidad de la soberanía.

La banda militar de la guardia de Paris abria la marcha. El mariscal Mac-Mahon se adelantó, teniendo á su derecha á su jefe de estado mayor, el general Borel, y delante al general Villemot, sub-jefe de estado mayor. Es saludado por los gritos unánimes de ¡ Viva Mac-Mahon! ¡ Viva el ejército! Los aplausos estallan de todas partes. El estado mayor, despues del saludo militar, se coloca frente al pabellon central.

Despues del estado mayor del mariscal, viene el general Ladmiraault, que saluda al jefe del poder ejecutivo y toma su puesto á la derecha del mariscal Mac-Mahon.

Detrás de él viene la guardia republicana y el cuerpo de guardianes de la paz. Luego la 4^a division del 4^{er} cuerpo precedido de una banda.

Los generales de division no se detienen. A la cabeza de la compañía de ingenieros, detrás de la 1^a brigada, las dos baterías divisionarias que desfilan por seis piezas en fondo. La infantería ya formada por batallones en masa, con una distancia de 40 metros de un batallon á otro.

La segunda brigada sigue á la artillería en el mismo orden; luego, la segunda y tercera division del cuerpo, á medida que una brigada desfila delante de las tribunas, en que todo el mundo está de pié, gritos unánimes de ¡ Viva el ejército! parten de las filas de los representantes de la Asamblea y de los grupos del público.

Todas las tropas están en traje de campaña. Todos los regimientos tienen su bandera. El águila ha sido sustituida por una lanza.

El desfile continúa en orden perfecto, y notamos con viva satisfaccion que las tropas marchaban silenciosamente, lo que contrastaba con las revistas anteriores en que los soldados gritaban por orden.

El primer cuerpo, acuartelado en Paris, desapareció en columnas cerradas por las avenidas que del campo de carreras conducen al Arco de Triunfo, donde un gran gentío esperaba á las tropas para saludarlas.

Los regimientos no contaban mas que dos batallones, pues el tercero guarda las posiciones estratégicas que comprende el estado de sitio.

A la izquierda de la última division del primer cuerpo desfila la artillería á pié y los ingenieros de la reserva del cuerpo: luego 12 piezas de á 12, 6 piezas de á 4, 12 ametralladoras y otras 6 piezas de á 12, que forman la reserva de artillería de este cuerpo; las ambulancias cierran la marcha. Los hombres llevan el brazal con cruz roja. Detrás, una línea de cajones, otra línea de coches destinados al trasporte de heridos en el campo de batalla, y por último, tres filas de mulos con angarillas para los heridos.

El general Ladmiraault y su estado mayor, despues de haber desfilado el cuerpo, llegan hasta la verja de las tribunas para saludar al jefe del poder ejecutivo y á la Asamblea. Los vivos y los aplausos redoblaron.

Hemos hecho intencionadamente el relato detallado del desfile del primer cuerpo, porque puede aplicarse, sobre poco mas ó menos, á los otros cuerpos de infantería.

En cuanto á la artillería y á la caballería, desfilaron como de costumbre, siendo los coraceros los que mas aire marcial presentaban.

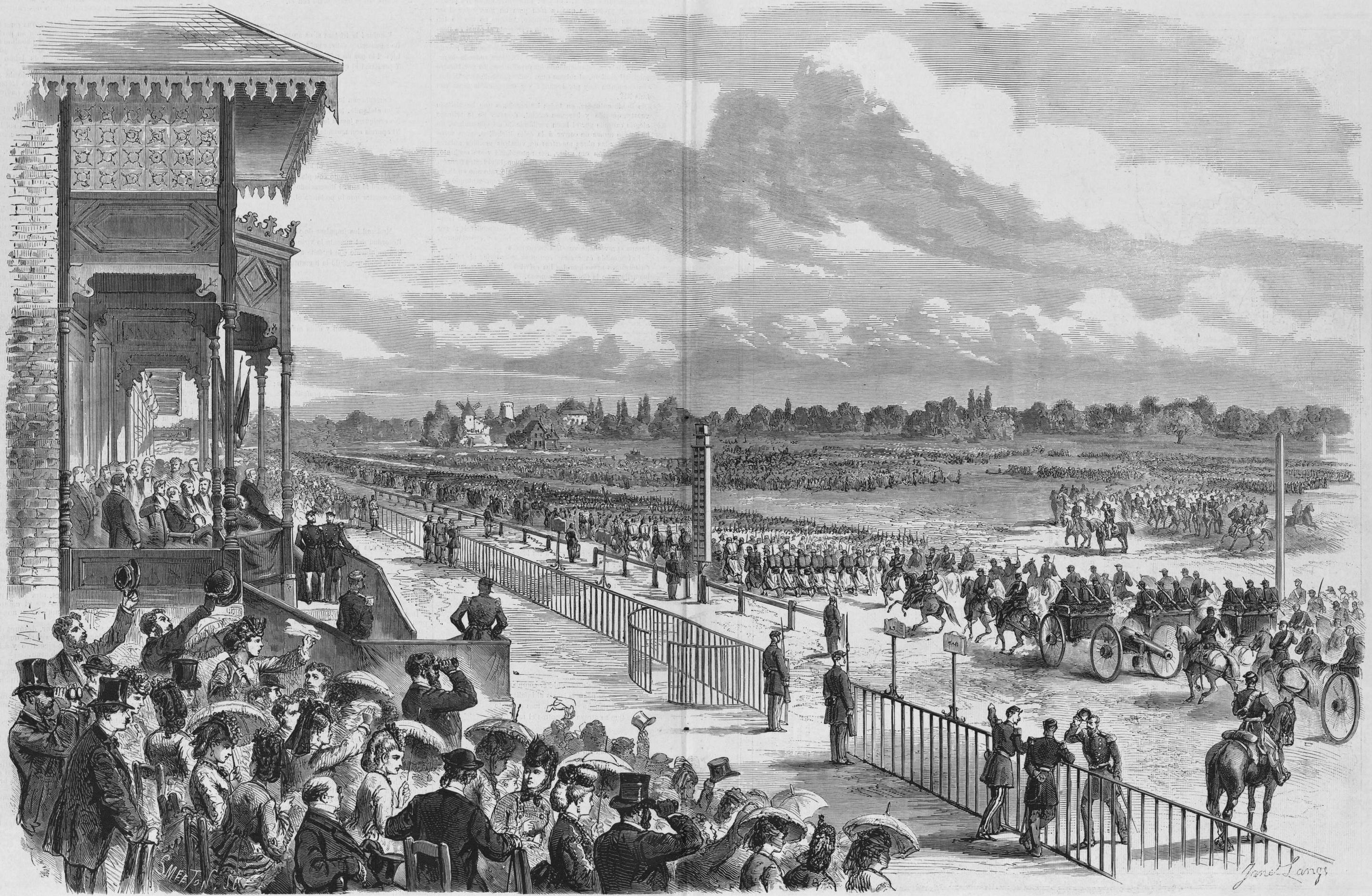
Antes de concluir, citaremos un incidente que merece ser señalado particularmente.

Cuando, al frente del segundo cuerpo, el general de Cissey, ministro de la Guerra, llegó ante las tribunas, y despues de haber sido saludado por bravos unánimes, fué á hacer el saludo militar á su antiguo jefe el mariscal Mac-Mahon, y se colocó á su lado, rindiendo así al valeroso general en jefe del ejército de Paris el mas brillante homenaje.

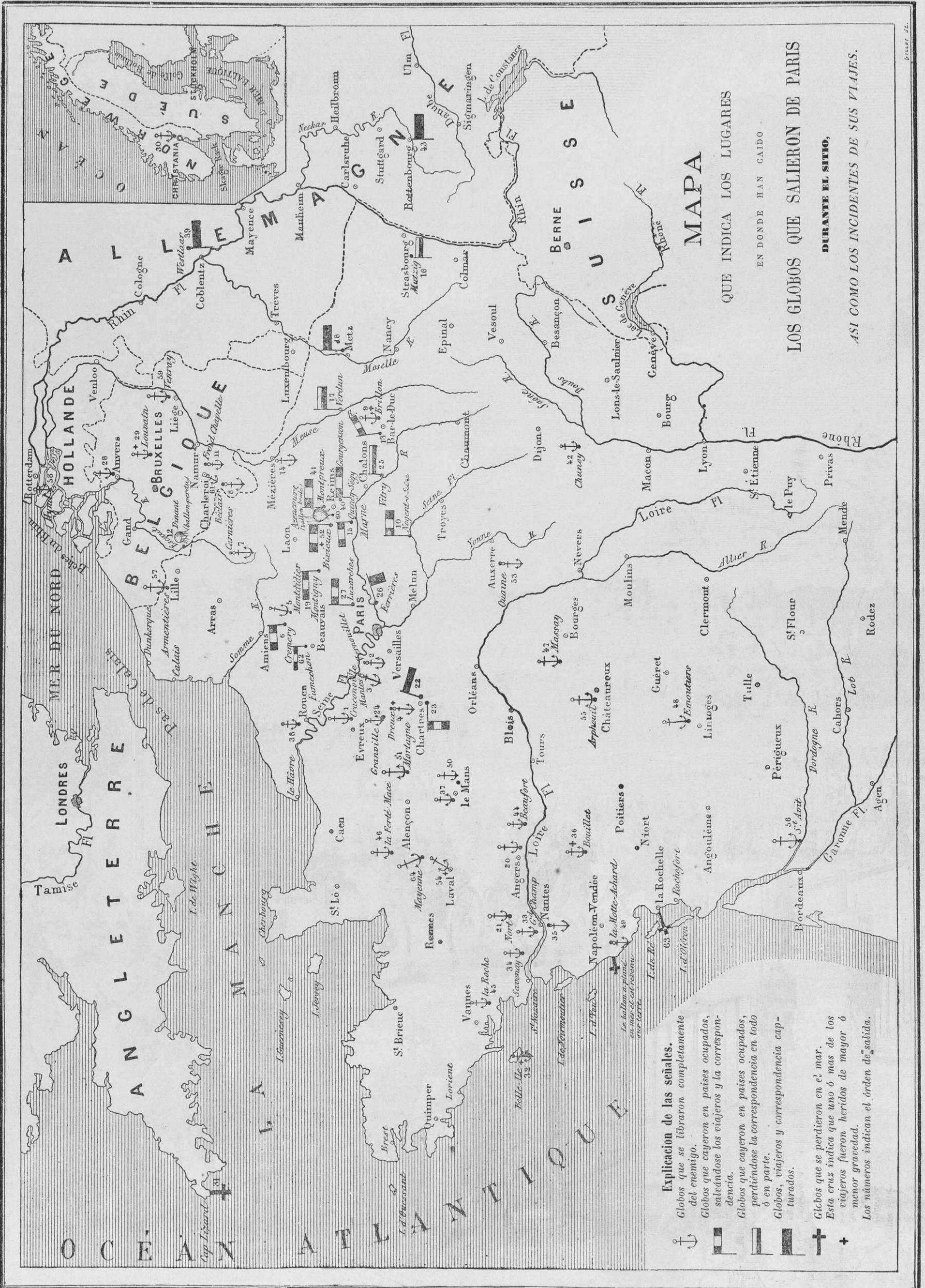
El solo grito que reasumia todas las manifestaciones ha sido durante el desfile el de: « ¡ Viva el ejército! »

Era la Asamblea y la nacion que festejaban á los valientes soldados, y era justo que fuesen por completo los héroes de la fiesta.

D. O.



LA GRAN REVISTA DEL 29 DE JUNIO EN LONGCHAMP.



Explicacion de las señales.
 Globos que se libraron completamente del enemigo.
 Globos que cayeron en paises ocupados, salvándose los viajeros y la correspondencia.
 Globos que cayeron en paises ocupados, perdiéndose la correspondencia en todo ó en parte.
 Globos, viajeros y correspondencia capturados.
 Globos que se perdieron en el mar.
 Esta cruz indica que uno ó mas de los viajeros fueron heridos de mayor ó menor gravedad.
 Los números indican el orden de salida.



MAPA

QUE INDICA LOS LUGARES

EN DONDE HAN CAIDO

LOS GLOBOS QUE SALIERON DE PARIS

DURANTE EL SITIO,

ASI COMO LOS INCIDENTES DE SUS VIAJES.

Los Correos aéreos

DURANTE EL SITIO DE PARIS.

M. Rampont, director de Correos, organizó la posta aérea, así que los alemanes establecieron el cerco de París, que duró desde el 23 de setiembre de 1870 hasta el 28 de enero de 1871. Hé aquí los detalles mas esenciales de todos los viajes aerostáticos que se emprendieron, para mejor inteligencia del curioso mapa que insertamos en la página 58.

1. — LE NEPTUNE.

Globo viejo de 1,200 m. c. 425 kil. de cartas y una rectificacion del decreto aplazando las elecciones. Salió el 27 de setiembre de la plaza Saint-Pierre (Montmartre) á las 7 y 45 m. y llegó á Craconville (Eure) á las 11 de la m. Recorrió 425 kil. en 3 h. 45. Le guiaba Du-roof, aeronauta de profesion, que fué despues aeronauta de la Commune. Parece ser que ha muerto fusilado.

2. — LA VILLE DE FLORENCE.

Globo viejo de 1,400 m. c. con 300 kil. de cartas. Salió el 25 de setiembre del boulevard de Italia á las 11 de la m. y llegó á las 2 1/2 á Vernouillet (Seine-et-Oise), 40 kil. de Paris. Le guiaba Mangin, aeronauta de profesion, que despues fué empleado en Burdeos como guarda-almacen de globos. Llevó 3 palomos viajeros y la experiencia salió perfectamente.

3. — LES ÉTATS-UNIS.

Grupo formado por dos globos viejos, uno de 800 m. y otro de 500, reunidos con cuerdas y un madero. Tenia dos navecillas, Luis, el mayor de los tres hermanos Godard iba en una de ellas, y en la otra iba su pasajero Courtin que habia hecho un trato para el abastecimiento. Salió el 29 de setiembre á las 10 1/2 de la m. y llegó á Mantes (Seine-et-Oise) á las 4 1/2, 47 kil. en 3 horas.

4. — LE CÉLESTE.

Globo de 780 metros regalado á la República por M. Enriqué Giffard, y que habia ya ejecutado ascensiones cautivas en un terreno de la calle de Vanves, 80 kil. Salió con 3 palomos el 30 de setiembre á las 9 1/2 de la m. de la fábrica de gas de Vaugirard y llegó á Dreux (Eure-et-Loir) á las 11 y 50 m., 84 kil. en 2 h. 20. Le guiaba Tissandier, menor, director del laboratorio químico de la *Union nationale*, colaborador de los *Voyages aériens*. Fué agregado al ejército del Loir. Tuvo un accidente en la bajada, el aeronauta sacó un brazo contuso.

5 Y 6. — ARMAND BARBÉS Y GEORGE SAND.

Salida simultánea de estos dos globos nuevos, gemelos, de 1,200 m., contruidos en diez dias por MM. Nadar, Yon y Dartois en la estacion del Norte. Salieron de la plaza Saint-Pierre el 7 de octubre, á las 11 1/4 de la m. y llegaron el *Armand Barbés* á Montdidier, cerca de Amiens (Somme) á las 3 1/2, 98 kil. en 4 horas y 44 m., y el *George Sand* á las 4 á Cremery, cerca de Amiens (Somme) 106 kil. en 4 h. 45 m. El primero llevaba á bordo á Gambetta, ministro del Interior, que iba á organizar la defensa nacional de Tours, con plenos poderes, y á su secretario Spüller, 40 kilos de cartas y 46 palomos, tuvo que bajar en los bosques y le recibieron á tiros, pero los viajeros se escaparon. *George Sand*, 48 palomos y 2 americanos, M. W. Raymond y M. Charles Max. Guiaban, el primero M. Trichet, aeronauta y el segundo M. Revillod, empleado de comercio y agregado despues al ejército del Loire.

7. — WASHINGTON.

Primer globo de 2,000 m., construido por Eugenio Godard; fué el tamaño que se adoptó en lo sucesivo. Lefevre, embajador de la república en Viena, Roosebecke, dueño de palomos, 28 palomos, 300 kil. de cartas. Salió de la estacion de Orleans el 12 de octubre á las 8 1/2 de la m. y llegó á Carrieres (Nord) á las 11 de la m., 470 kil. en 3 1/2 h. Se arrastró mucho, un viajero quedó herido. Guiaba Bertaux, miembro de la sociedad aeronáutica, agregado al ejército del Loire, y que ha muerto del pecho.

8. — LOUIS BLANC.

Ultimo globo de 1,200 m., resto del primer pedido. Salió media hora mas tarde de la plaza Saint-Pierre y llegó á las 12 1/2 á Beclerc-Hainaut (Bélgica). Pasajero, Tracelet, dueño de palomos, 8 palomos y 425 kil. de cartas; la proclama de L. B. al pueblo inglés. Se creyó

en Inglaterra que llegaba L. B. Guiaba Farcot, mecánico enviado á Lyon para organizar las ascensiones cautivas en caso de sitio. 290 kil. en 3 h. 1/2.

9. — GENERAL CAVAIGNAC.

2,000 m. c. con Keratry, prefecto de policia, futuro general del ejército del Oeste y sus dos secretarios. 470 kil. de cartas, 8 palomos. Salió de la estacion de Orleans el 14 de octubre á las 10 1/4 de la m. y llegó á Brillon (Meuse) á las 3, 250 kil. en 2 h. 45. Bajada peligrosa. Keratry herido. Guiaba Godard, padre, aeronauta.

10. — JEAN BART.

2,000 m. c. con Ranc, director general de la policia en Tours, futuro representante de Paris y miembro dimisionario de la Commune, y su secretario Ferrand. 370 kil. de cartas, 40 palomos. Estacion de Orleans, 2 h. 40. Despues del *General Cavaignac*, el 14 de octubre á las 4 y 25 de la tarde, bajó en Nogent-sur-Seine (Aube) á las 5; 404 kil. en 3 h. 35 m. Cayó en medio de las líneas prusianas y logró escaparse. Guiaba Tissandier mayor, arquitecto de la villa de Paris, agregado al ejército del Loire. Este globo sirvió para hacer en Ruan una ascension que los dos Tissandier emprendieron con la idea de entrar en Paris.

11. — JULES FAVRE.

2,000 m., con Malapert, abogado, mision oficial; Brimeau, capitán de la guardia nacional y otro pasajero; 495 kil. de cartas y 6 palomos. Salió el 16 de octubre de la estacion de Orleans á las 7 y 20 de la m. y llegó á Froid-Chapelle (Bélgica) á las 12 y 20. 450 kil. en 5 h. Guiaba L. Godard, aeronauta.

12. — LAFAYETTE.

2,000 m. con Barthelemy y Daru, encargados de tratos de abastecimiento. 270 kil. de cartas y 4 palomos. Salió de la estacion de Orleans á las 9 y 50, 2 horas y media despues del *Jules Favre*, y llegó á Dinant (Bélgica) á las 2 y 45. 475 kil. en 4 h. 35 m. Fuerte ventolera á la bajada; el aeronauta corta las cuerdas de la navecilla y el globo se pierde. Guiaba Labadie, de la marina, y llevaba el informe de J. Favre sobre la entrevista de Ferrieres.

13. — VICTOR HUGO.

Primer globo de 2,000 m. construido por Nadar, Yon, d'Artois, con 440 kil. de cartas. No llevaba pasajeros, 6 palomos. Jardin de Tullerías 48 de octubre á las 11 y 45 de la m.; llegó cerca de Bar-le-Duc (Meuse) á las 5 de la tarde, 252 kil. en 5 h. 45 m. Nadar aeronauta, que sirvió en el ejército del Loira y luego en la Commune.

14. — REPUBLIQUE UNIVERSELLE.

2,000 m. con A. Dubost, secretario general de la prefectura de policia y su secretario G. Prunier, 305 kil. de cartas y 6 palomos, estacion de Orleans. Salió el 18 de octubre á las 9 y 40 m. y llegó á las 11 y 20 á Mesieres (Ardennes). 234 kil. en 4 h. 50 m. Bajada peligrosa encima de los árboles. Guiaba Jossec, marinero, discípulo de Eugenio Godard.

15. — GARIBALDI.

2,000 m. con M. de Jouvencel, ex-diputado comandante de los cazadores de Neuilly, futuro coronel de un regimiento de movilizados del ejército del Loira, representante de Seine-et-Oise, en las elecciones de 1874 (Paris). 450 kil. de cartas, 6 palomos. Jardin de Tullerías á las 11 1/2. Bajó á las 1 1/2 en Quincy-Ségy (Marne), 45 kil. en 2 h., aeronauta Iglesia, empleado en Londres en la maniobra del gran globo cautivo de Giffard.

16. — MONTGOLFIER.

2,000 m. con el coronel Lapierre, enviado con una mision militar, ex-redactor del *Corsaire*, que dió de bofetones á Felix Pyat; fué general en el ejército del Norte. Le Bouedec, 390 kil. de cartas, 2 palomos. Estacion de Orleans á las 8 1/2 y llegó á las 12 1/2 á Muntzig, cerca de Estrasburgo; 566 kil. en 4 h. Se perdieron las cartas y los palomos y los viajeros pudieron escaparse á Basles. Guiaba Hervé, marino, discípulo de Eugenio Godard. No sabia leer el barómetro.

17. — VAUBAN.

2,000 m., con Reutlinger, secretario de Jules Favre, que fué en mision diplomática á Viena, luego á Londres, Cassier, dueño de palomos. 23 palomos y 270 kilogramos de cartas. Estacion de Orleans, á las 9 de la

mañana; llegó á Verdun (Meuse) á las 4 de la t.; 252 kilómetros en 4 horas. Guillaume, marino, discípulo de Godard. Los viajeros se escapan con trabajo de los alemanes. Reutlinger, bávaro, naturalizado francés, habria sido fusilado.

18. — LA BRETAGNE.

4,200 m., empresa particular Wörth, gentleman inglés, Manceau, contratista de armas, y Hiédart. 320 kilogramos de cartas. Fábrica de gas de la Villette, 27 de octubre, 2 h. y 40 ms., y llega á las cercanías de Metz á las 8 y 45; 320 kil. en 3 h. 5 m. Guiado por R. Cuzon, que se suponía aeronauta, R. C. saltó el primero á tierra y le siguieron los tres pasajeros. Manceau se rompió una pierna, globo perdido, aeronauta y viajeros capturados por los prusianos, y enviados á Maguncia. El gobierno inglés reclama vanamente la libertad de Wörth.

19. — CORONEL CHARRAS.

2,000 m., sin pasajero. 460 kil. de cartas, el peso mayor que ha llevado un globo, y 6 palomos. Estacion del Norte, 29 de octubre, á las 12 del dia. Montigny (Marne) á las 5. 430 kil. en 5 horas. Gilles fué enviado á Lyon para organizar las ascensiones en caso de asedio.

20. — FULTON.

2,000 m., con Cezanne, ingeniero de puentes y calzadas; 250 kil. de cartas y 6 palomos. Estacion de Orleans, á las 8 y 30; llega cerca de Angers (Maine-et-Loire) á las 2 y 30 de la madrugada; 294 kil. en 4 horas. Glœnnec, marino, discípulo de Eugenio Godard, aeronauta muerto en Tours, ocho dias despues de su llegada.

Llevaba á los departamentos las noticias del motin del 31 de octubre.

21. — FERDINAND FLOCON.

2,000 m., con Lemercier de Janville, empleado en telégrafos, 430 kil. de cartas y 6 palomos. Estacion del Norte, 4 de noviembre, á las 9 de la madrugada; llega á Nord, cerca de Chateaubriand (Loire-inferieure) á las 3 y 45; 330 kil. en 6 h. 45 m. Guiado por Vidal; llevaba los resultados del plebiscito parisiense.

22. — GALILÉE.

2,000 m., con E. Antonin, secretario particular de Garnier Pages; 430 kil. de cartas y 6 palomos. Estacion del Norte, el 4 de noviembre á las 3, cinco horas despues del *Ferdinand Flocon*; cayó cerca de Chartres (Eure-et-Loir), á las 6 de la tarde; 86 kil. en 4 horas. Fué capturado cuerpos y bienes por los prusianos. E. Antonin logró escaparse despues de haber estado preso.

23. — VILLE DE CHATEAUDUN.

2,000 m., sin pasajeros y con 6 palomos, 455 kil. de cartas. Estacion del Norte, 6 de noviembre, á las 9 y 45; llegó á Reclainville (Eure-et-Loir) á las 5 de la tarde; 420 kil. en 6 h. 45 m. Guiado por Box, carpintero, que construyó el anfiteatro del globo cautivo Giffard, en Londres.

24. — GIRONDE.

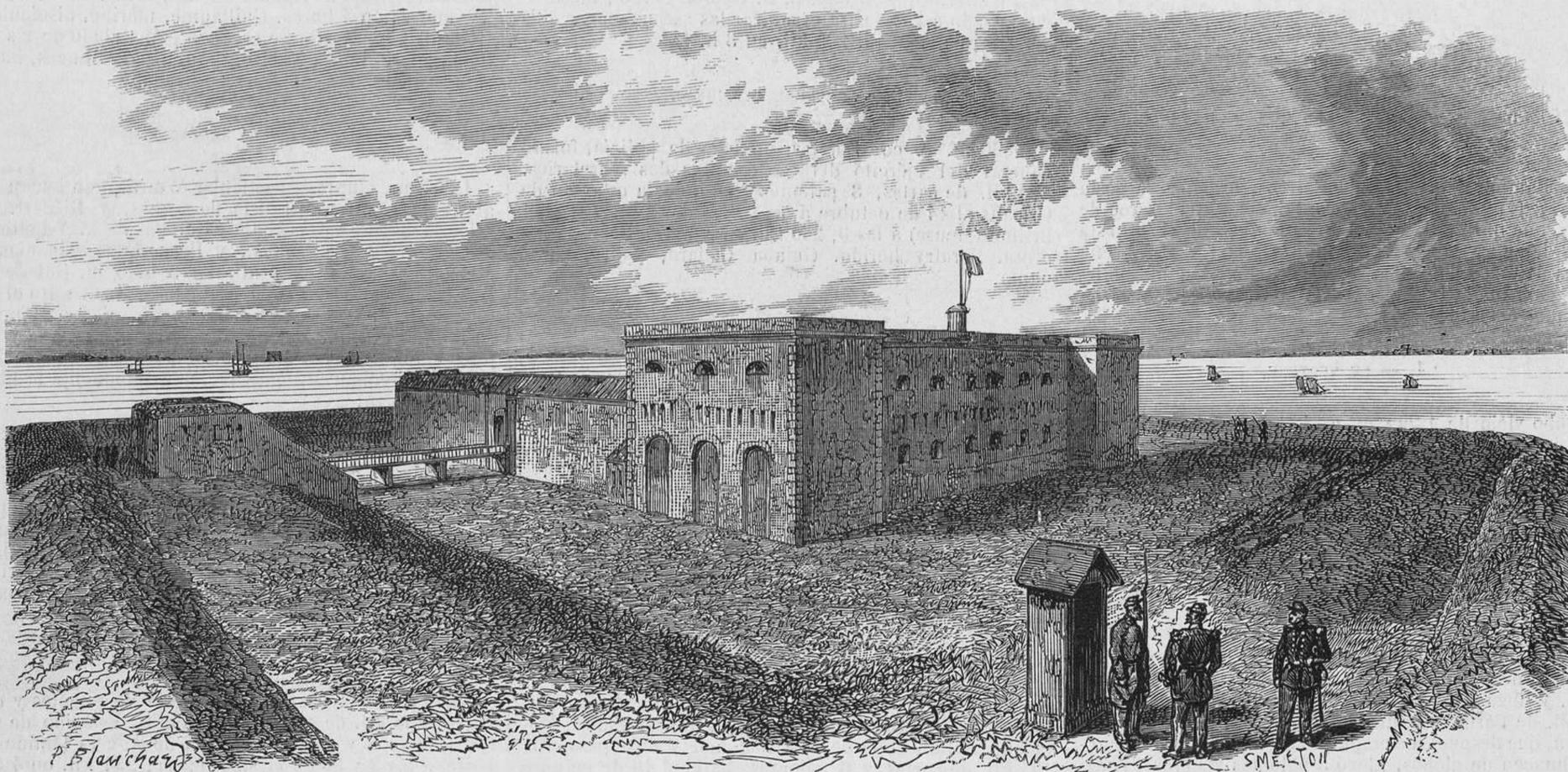
2,000 m., con 3 pasajeros contratistas de armas y de víveres. 8 de noviembre, estacion de Orleans, á las 8 y 20; llegó á Granville (Eure), á las 3 y 45; 88 kil. en 6 h. 20 m. Guiado por Gallay, marino, discípulo de Eugenio Godard.

25. — NIEPCE Y 26 DAGUERRE.

Dos globos de 2,000 metros, que salieron juntos de la estacion de Orleans, el 12 de noviembre á las 9 y 45 de la mañana. El *Niepce* llevaba los aparatos necesarios para la fotografía micróscópica, inventada por M. Dagron. Acompañaban á este fotógrafo sus empleados F. Poisot y Quantin. El *Daguerre* llevaba un complemento de aparatos, con Pierron, ingeniero, 30 palomos y 260 kilos de cartas. El *Daguerre* fué capturado en Ferrieres por los prusianos, con los palomos que devolvieron á Paris con falsas noticias. El *Niepce* cayó en Vitry (Seine-et-Marne), á las 7 y media; 204 kil. en 4 h. 45 m. Fué capturado, pero los viajeros se escaparon con los bagajes. Pagano guiaba el *Niepce* é Imbert el *Daguerre*, los dos marinos y discípulos de Godard.

W. DE FONVIELLE.

(Se concluirá.)



Los insurrectos de Paris prisioneros en los puertos. — El fuerte de la isla Madame (Charente Inferior).!

LOS

Prisioneros

DE LA ISLA MADAME.

En otro artículo hablamos de los prisioneros de Brest y de sus pontones, y ahora vamos a hablar de los del fuerte y de la isla Madame.

La isla Madame, situada en la embocadura y en la orilla izquierda del Charente, no tiene mas de 900 metros de largo sobre 600 de ancho. Con la marea baja se reune a la tierra firme, la isla se trasforma y se hace península.

Solo la habitan un labrador y la guarnicion del fuerte, que consta de una compañía de infantería de marina. El fuerte, de forma cuadrada y rechoncha, tiene dos pisos y una bóveda. Interior y exteriormente le rodea un doble foso.

Desde lo alto de su plataforma se descubre una hermosa vista.

Se ve la isla de Aix, peñon inexpugnable que domina la embocadura del Charente por el Norte, como la isla Madame por el Sur, y se distinguen tambien el islote de Enet en comunicacion antiguamente con la isla de Aix, por medio de un istmo que se ha llevado el mar, y la isla de Oleron.

Al fuerte de la isla Madame han enviado una parte de los prisioneros hechos en Paris, en las terribles jornadas del



El fuerte de la isla Madame. — El paseo de los prisioneros.

mes de mayo. Habrá unos 400.

Otros están encerrados en el fuerte Boyard, que defiende la isla de Aix y en dos pontones anclados en la rada: el *Orne* y la *Pandore*.

Los prisioneros del fuerte Madame ocupan la bóveda en los bajos, donde duermen sobre paja, pero no carecen de aire ni de luz, gracias al doble foso de que hemos hablado. El foso interior les sirve de paseo. Dos veces al dia salen al foso y allí fuman y juegan a la vista de los vigilantes y los centinelas, cuyas inmóviles siluetas aparecen en los ángulos de los bastiones.

Por lo demás, su régimen no difiere del de los prisioneros de Brest, y en el fuerte como en los pontones, se toman las mismas precauciones sanitarias.

Sin embargo, los prisioneros de la isla tienen una ventaja, y es, que además de sus paseos cotidianos en el foso, les permiten hacer una excursion en torno de la isla dos veces por semana. C. P.

El conde

AGENOR DE GASPARIN.

El conde de Gasparin ha muerto en mayo último en Suiza, donde residía hacia veinte y tres años, pasando el invierno en Ginebra y el verano en Valleyres, canton de Vaud.

Para todos los que conocian la nobleza de su corazon, su hondad inaltera y su grandeza de alma, su muerte ha sido una gran pérdida; así como tambien ha sido un luto profundo para los verdaderos liberales.

El conde Agenor de Gasparin nació en 1810 en el departamento de Vaucluse, en Orange, como su padre, el célebre agrónomo que habia sido miembro del Instituto, ministro y par de Francia. Bajo la egida de este último habia entrado en las funciones públicas.

Jefe de gabinete en el ministerio del Interior, fué elegido diputado por el distrito de Bastia en 1842, y se constituyó en la Cámara como el mas enérgico defensor de la libertad religiosa y de la emancipacion de los negros. Aunque sostuvo al partido conservador, su independencia de carácter no fué bien mirada en las regiones gubernamentales, donde tambien disgustó mucho su campaña emprendida con M. d'Haussonville y monsieur Saint-Marc Girardin.

No fué reelegido en 1846 y entonces desapareció de la escena política, sin cesar por eso de combatir en favor de los derechos de sus correligionarios protestantes en todos los países. Publicó una obra sobre los *Intereses generales del protestantismo francés*, que juzgaba mal defendidos y cuyo cuidado deseaba confiar á una asociacion especial que se fundó con aquel objeto. Habia abandonado la iglesia oficial y se habia unido á la iglesia libre, por su firme conviccion de la conveniencia de separar la Iglesia del Estado.

En 1847 salió de Francia para visitar Egipto y Palestina. Sobrevino la revolucion de febrero; mas el conde de Gasparin no volvió y se instaló en Suiza como hemos dicho. En ese país libre pasó en el estudio y el trabajo los últimos veinte y tres años de su vida.

Allí publicó entre otras obras inspiradas todas por las grandes cuestiones á la órden del día, la *Cuestion de Neuchatel* (1857), los *Estados Unidos* y *Un gran pueblo que se levanta* (1862). Estas últimas obras popularizaron su nombre en la América del Norte, y le pusieron en relacion con el presidente Lincoln, el ministro Seward y otras notabilidades americanas.

Vivia pues, en Suiza feliz y tranquilo, cuando con el año 1870 llegó la declaracion de guerra de la Francia á



El conde Agenor de Gasparin.

la Prusia, que censuró altamente, porque sin duda preveía sus deplorables consecuencias.

El espectáculo de su país invadido por el extranjero desgarraba su corazon, pues en el estado en que le dejó el imperio, veía que era incapaz de levantarse por las armas.

Medio quebrantado por el pesar, cuando oyó hablar de guerra á todo trance despues de los primeros desastres, lanzó un último grito que fué oído, su grito titulado: *Llamamiento al patriotismo y á la sensatez*.

Fuó el canto del cisne de aquel campeón de todas las nobles causas, de aquel caballero de la probidad política. Pocos dias despues murió dejando sumergida en la desesperacion á la condesa de Gasparin, que fué la in-

cansable compañera de sus tareas, como habia sido la amable y fiel compañera de su vida. La condesa, que se cuenta entre los mas fervientes defensores de la religion reformada, ha escrito varias obras, de las cuales hay dos que han obtenido el premio Montyon en la Academia francesa: *El Matrimonio bajo el punto de vista cristiano* y *Los pobres de Paris y de otras ciudades*.

C. P. D.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

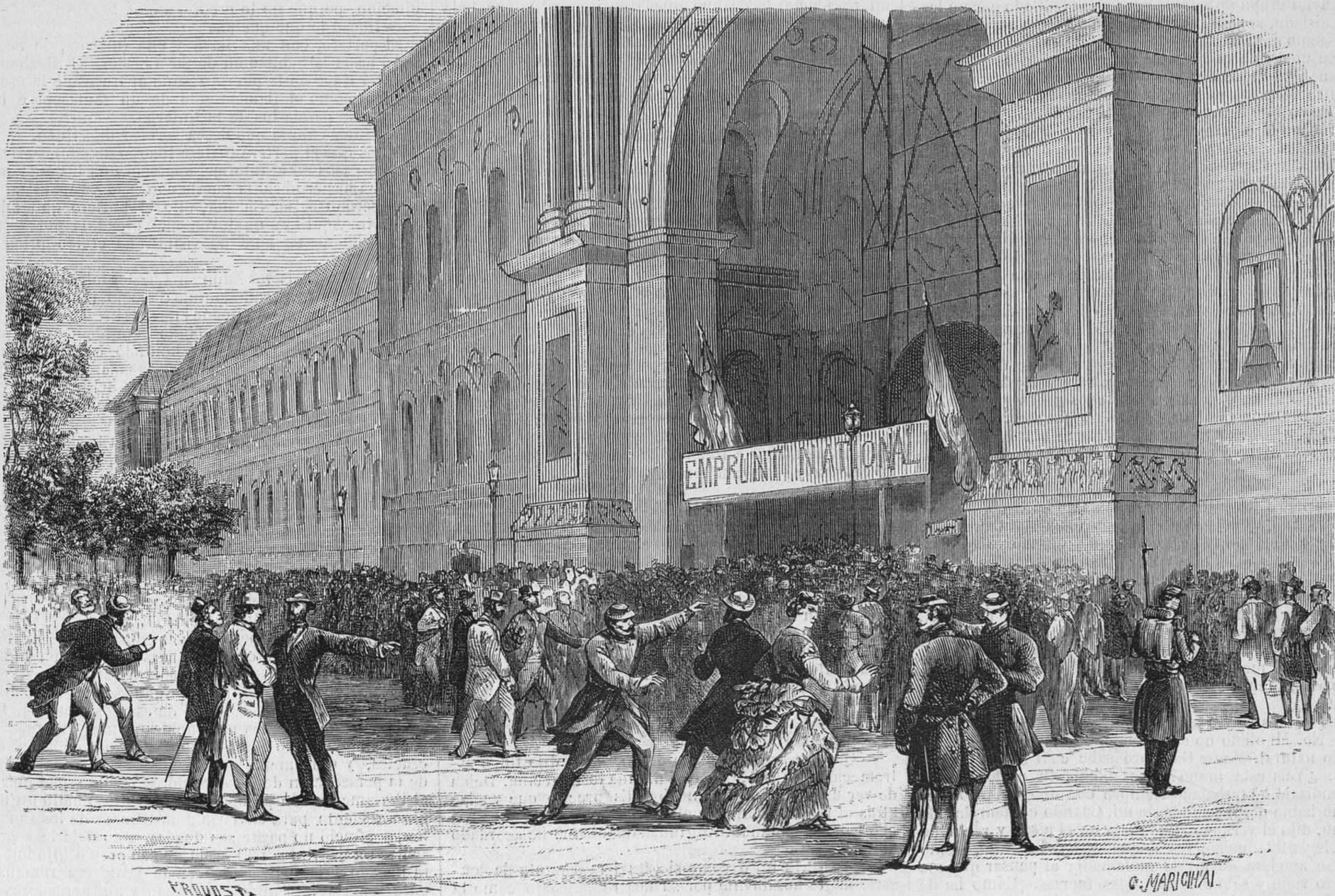
(Continuacion. — Véase el número 965.)

Le hizo además el honor de advertir que su adquisicion llenaria de orgullo á los Perros de presa Unidos, y despues de haberse cerciorado, sondeándole de que estaba dispuesto á entrar gustoso en la Sociedad (¿qué le importaba á Hugo, que aquella noche hubiera entrado en la sociedad mas terrible y peligrosa?), quiso que se verificasen en el acto los preliminares indispensables.

Esta honra al mérito reconocido entusiasmó á Dionisio, el cual lo manifestó con una granizada de votos y blasfemias muy satisfactorias, y todos los concurrentes aplaudieron con alborozo una distincion tan meritoria.

— ¡Haced de mí lo que querais! exclamó Hugo agitando en el aire el vaso que habia vaciado ya dos ó tres veces. Imponedme el servicio que se os antoje... Soy vuestro, y cumpliré con mi deber. Hé aquí mi capitán... hé aquí mi jefe... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡Que me lo mande y yo solo combatiré con todo el parlamento ó arrojaré una antorcha encendida hasta en el trono del rey!

Al decir esto descargó en la espalda de Tappertit un golpe tan violento que su pequeño cuerpo pareció redu-



PARIS. — Los suscritores al empréstito de dos mil millones en el Palacio de la Industria.

cirse á su mas mínima expresion. Despues prorumpió en nuevas carcajadas tan estrepitosas que á buen seguro que hubieron de despertarse estremeciéndose en sus camitas los niños expósitos del establecimiento inmediato.

En efecto, la idea de la singular proteccion que la casualidad le habia dado le parecia tan cómica que no podia quitársela de su rudo cerebro. El verse subordinado á aquel formidable capitán que hubiera aplastado de un puñetazo se presentó á sus ojos con colores tan excéntricos y fantásticos, que una especie de júbilo salvaje poseia y sojuzgaba todo su ser. Reiteró sus carcajadas, brindó cien veces por Tappertit, se declaró Perro de presa hasta la médula de los huesos, y juró serle fiel hasta derramar la última gota de su sangre.

Tappertit recibió estos cumplimientos como cosas muy naturales... tal vez algo aduladoras en su género, pero cuya exageracion solo debia atribuirse á su inmensa superioridad. Su aplomo lleno de gravedad divirtió mas y mas á Hugo, y en último resultado el gigante y el enano contrajeron una amistad que prometia ser duradera, porque el uno consideraba el mando como su derecho legitimo, y el otro consideraba su obediencia como una broma muy chistosa. Así pues, para hacer ver que no seria uno de esos acólitos pasivos que tienen escrúpulo en obrar sin órdenes categóricas y terminantes, cuando Tappertit se encaramó á un tonel vacío que estaba en pie á guisa de tribuna en la sala é improvisó un discurso sobre la crisis alarmante que iba á estallar, el achispado Hugo fué á colocarse al lado del orador, y aunque se reia á cada palabra de su capitán, dirigia á los burlescos advertencias tan expresivas enarbolando su garrote, que los que estaban mas dispuestos á interrumpir al orador prestaron una notable atencion y fueron los primeros en dar señales de aprobacion y en aplaudir.

No era sin embargo todo broma y risas en la Cuba, ni todos los parroquianos escuchaban el discurso, pues se veian en tanto en el extremo de la sala, que era muy larga y baja de techo, algunos hombres en grave conversacion. Cuando uno de estos personajes salia de la taberna, entraba otro y ocupaba su sitio como si debiera relevarle, y era indudable que era esto cierto, porque estas entradas y salidas se verificaban de media en media hora. Estas personas hablaban en voz baja, estaban separadas y miraban en torno suyo con frecuencia como si temiesen que algun indiscreto oyese lo que hablaban. Dos ó tres de ellos apuntaban en libros de memoria las partes que traian los recién llegados, y cuando dejaban los lapiceros, recorrían á los periódicos esparcidos sobre la mesa, y leian en voz baja á los demás en la *Crónica de Saint-James*, el *Mensajero*, la *Crónica* ó el *Avistador público* algun pasaje relativo á la cuestion que tanto interesaba á todos. Pero lo que atraia mas su atencion era un folleto titulado el *Fulminante* que habia agotado sus opiniones y que se suponía en aquella época que emanaba directamente de la Asociacion. Estaba perdido continuamente, y ora fuese leído en voz alta en un pequeño grupo anheloso, ora fuese meditado por un lector aislado, seguía infaliblemente á su lectura una conversacion borrascosa.

En medio de su alegría y su admiracion hácia su capitán, Hugo reconoció en estos indicios y otros muchos el aire de misterio que le habia llamado la atencion antes de entrar. Era claro como la luz del día que se encerraba allí algun proyecto grave y que las ruidosas libaciones de la taberna le ocultaban maquinaciones peligrosas. Como hacia poco caso de este descubrimiento, hubiera permanecido allí sin temor hasta la mañana siguiente si su conductor no se hubiese levantado á las doce de la noche para retirarse á su casa. Tappertit siguió el ejemplo de Dionisio, y no le quedó ya á Hugo pretexto alguno plausible para quedarse. Salieron pues los tres juntos de la taberna entonando una cancion de *No mas papismo* con voces tan destempladas que principiaron á ladrar todos los perros del vecindario.

— ¡Otra copla, capitán! gritó Hugo que se habia puesto ronco.

Tappertit entonó otra copla sin hacerse de rogar, y el terceto continuó su camino con paso vacilante, cogidos los brazos, lanzando desaforados gritos y desafiando á los vigilantes nocturnos con la mayor audacia. Es verdad que no era tanta su audacia ni tan exagerado su valor si se tiene en cuenta que los vigilantes de aquella época, debiendo sus empleos á una edad avanzada ó á achaques crónicos, se encerraban herméticamente en sus garitas á los primeros síntomas de bullanga y no salían hasta que se habian alejado los alborotadores. El verdugo, que tenia una voz de bajo profundo y unos pulmones muy robustos, se distinguía en estas demostraciones de escándalo y le admiraban con justicia sus dos compañeros.

— ¡Qué reservado y discreto sois! dijo Tappertit. ¿Por qué no decís nunca cuál es vuestra profesion?

— Tengo una profesion tan distinguida, hermano, como la del mas escopetado caballero de Lóndres, una ocupacion tan descansada como pudiera desearla un lord.

— ¿Habeis hecho aprendizaje? preguntó Tappertit.

— No. Mi oficio no se aprende, es cosa de aficion, de genio natural. Maese Gashford sabe cuál es mi profesion. ¿Veis esta mano? Pues bien, sin necesidad de aprendizaje he trabajado siempre con una destreza que nadie habia desplegado hasta mí. Cuando contemplo esta mano, dijo el verdugo agitándola en el aire, y recuerdo los elegantes quehaceres á que se ha dedicado, siento que se apodera de mí la melancolía al pensar que me vuelvo viejo y se me acaban las fuerzas. ¡Cómo ha de ser! La vida ha de seguir su curso fatal.

Exhaló un profundo suspiro al abandonarse á estas reflexiones, y apoyando como por distraccion sus dedos en el cuello de Hugo, y particularmente debajo de la oreja izquierda, como si estudiase el desarrollo anatómico de esta parte de su cabeza, movió la suya con ademán consternado y verdaderas lágrimas.

— Se me figura que sois un artista ó cosa parecida, dijo Tappertit.

— Sí, respondió el verdugo, sí... Puedo llamarme un artista... un artífice de capricho. Mi divisa es: « El arte embellece la naturaleza. »

— ¿Qué significa esto? dijo Tappertit tomándole de la mano el baston.

— ¿El puño? es mi retrato, respondió Dionisio. ¿Es verdad que se me parece?

— No digo que no, aunque os favorece bastante, dijo Tappertit. ¿Quién lo ha hecho, vos?

— ¡Yo! repuso Dionisio mirando con ternura su imagen. Quisiera tener tanto talento. Este retrato lo esculpí uno de mis amigos que ya no existe. La vispera misma de su muerte lo hizo de memoria con la navaja que llevaba en el bolsillo. « Moriré con valor, dijo mi amigo, y mis últimos momentos se dedicarán á hacer el retrato de Dionisio. »

— ¡Qué idea tan original! dijo Tappertit.

— Sí, sí, una idea muy original, repuso el verdugo soplando sobre la nariz de su retrato y sacándole lustre con la manga de su chaqueta; pero era un hombre aventurero... una especie de gitano... uno de los mozos mas guapos que he conocido en mi vida. Aquel amigo mio dijo el dia mismo de su muerte cosas que os harian estremecer.

— ¿Estábais á su lado cuando murió? dijo Tappertit.

— Pues ¿no habia de estar? dijo Dionisio sonriéndose y lanzando una mirada muy singular. Yo lo creo: como que á no ser por mí no se hubiera ido al otro mundo con tanta comodidad. Me habia encontrado en las mismas circunstancias con tres ó cuatro individuos de su familia. Todos eran unos guapos mozos.

— Os apreciarían mucho, dijo Tappertit dirigiéndole una mirada oblicua.

— No sé si me amaban, respondió Dionisio vacilando, pero todos murieron á mi lado, y hasta heredé su ropa. El pañuelo que llevo en el cuello pertenecia á uno de ellos, al que hizo mi retrato.

Tappertit miró el pañuelo y pareció decirse á sí propio que el difunto tenia ideas muy particulares en el vestir, y que en todo caso, no se arruinaría por el traje. No comunicó sin embargo esta reflexion, y dejó que su misterioso amigo continuase.

— Estos calzones, dijo Dionisio golpeándose las piernas, estos mismos calzones... pertenecian á uno de mis amigos, que se libró para siempre de las tribulaciones de la vida. Esta chaqueta... ¡Si supiérais cuántas veces seguí al individuo que la llevaba por calles y plazas preguntándome si algun dia llegaria á mi poder! Este par de zapatos bailaron una danza de padre y señor mio en mi presencia, hasta que quedaron inmóviles por toda una eternidad. ¿Y qué diré de este sombrero? añadió quitándosele y haciéndole dar vueltas sobre su mano. ¡Cuando pienso que ví tantas veces... tantas, este sombrero sobre el pescante de un coche de alquiler!...

— Supongo que no han muerto todas las personas á quienes pertenecian esos objetos, dijo Tappertit, alejándose dos ó tres pasos del verdugo al hacerle esta pregunta.

— Todos han muerto, respondió Dionisio.

— ¿Todos?

— Todos; desde el primero hasta el último.

Habia un no sé qué tan lúgubre en esta circunstancia y que explicaba de una manera tan extraña y horrible su traje usado, descolorido y manchado tal vez por la tierra de los sepulcros, que Tappertit anunció bruscamente que tenia que retirarse á su casa y se paró para darles las buenas noches.

Como se hallaban cerca de la cárcel de Old-Bailey, y Dionisio se acordó que en la portería encontraria algunos carceleros con los cuales podria pasar la noche discutiendo sobre asuntos interesantes para todos ellos, sobre algun punto de su profesion, cerca de la chimenea y echando algun trago, se separó de sus compañeros sin manifestar sentimiento, y despues de dar un apretón de manos á Hugo citándole para la mañana siguiente muy temprano en la Cuba, les dejó continuar su camino.

— Es un hombre extraño, dijo Tappertit mientras seguía con la vista el sombrero del difunto cochero de alquiler moviéndose calle abajo con un movimiento oscilatorio. No puedo adivinar qué oficio será el suyo. ¿Por qué ha de vestir con los despojos de los muertos? ¿Por qué no gasta dinero en ropa como todo hijo de vecino?

— Es un hombre afortunado, capitán, dijo Hugo. Quisiera tener amigos como los suyos.

— Supongo, sin embargo, que no les obligará á hacer testamento para matarlos despues, dijo Tappertit con ademán pensativo.

— ¡Por vida de mi memoria! exclamó Hugo de pronto.

— ¿Qué teneis?

— Que me habia olvidado de una cosa, dijo Hugo estremeciéndose al oír un reló de una torre vecina. Debía de ver una persona esta noche. Es preciso que vuelva atrás al momento. Se me olvidó mientras estábamos allí bebiendo y cantando. Afortunadamente me he acordado ahora.

Tappertit le miró como si estuviera á punto de acusarle majestuosamente por su desercion, pero como la precipitacion de Hugo indicaba que el negocio era ur-

gente, dejó á su lado sus observaciones y le concedió permiso para retirarse en el acto, favor precioso que Hugo agradeció con una estrepitosa carcajada.

— ¡Buenas noches, capitán! dijo Hugo. Acordaos de que soy vuestro hasta la muerte.

— ¡Adios! dijo Tappertit saludándole con la mano. ¡Valor y vigilancia!

— ¡No mas papismo! gritó Hugo.

— ¡Caigan antes torrentes de sangre en Inglaterra! grritó su formidable jefe.

Hugo aplaudió sin cesar de reír y echó á correr con la ligereza del galgo.

— Este mozo honrará mi corporacion, dijo Tappertit continuando su camino con ademán pensativo. Reflexionemos. En un cambio de sociedad, que es inevitable, si nos levantamos y triunfamos, cuando la hija del herbero sea mia, me será preciso desembarazarme de Miggs de una manera ú otra, pues de lo contrario la noche menos pensada la envenenaria durante mi ausencia con una taza de té. ¿No podria ese patán casarse con Miggs en un momento de embriaguez? Sí, sí; magnífica idea. La apuntaré para que no se me olvide.

XL.

¿Qué distante estaba Hugo de caer en la cuenta del magnífico partido que acaba de encontrarle el fecundo cerebro de su previsor capitán cuando llegó delante de los gigantes de San Dunstan! Cerca de la iglesia habia una fuente, y colocando la cabeza debajo del chorro del agua, tomó un excelente baño de cabeza, dejando caer una verdadera cascada sobre sus cabellos vírgenes de peine. Cuando se refrescó bien el cuerpo y el alma con esta ablucion y desvaneció los humores del vino, se enjugó como mejor pudo, y cruzando la calle, levantó y dejó caer el aldabon de la puerta de Middle-Temple.

El portero miró con ojo ceñudo al través de un ventanillo y preguntó:

— ¿Quién llama?

— Un amigo, respondió Hugo. Abrid pronto.

— Aquí no vendemos vino, dijo el portero. ¿Qué queréis?

— Entrar, respondió Hugo, y descargó una gran patada en la puerta.

— ¿A dónde quereis ir?

— A la habitacion de sir Chester.

Y acentuó cada una de sus palabras con un puntapié.

Despues de murmurar algunos segundos el portero, abrió la puerta, y Hugo pasó despues de un detenido exámen.

— ¿Quién sois? ¿Vos haceis visitas á sir Chester á estas horas?

— Yo, sí. ¿Y qué?

— Es preciso que os acompañe y vea si vais á su habitacion, porque no lo creo.

— Haced lo que querais.

El portero, con una llave y una linterna, le acompañó hasta la habitacion de sir Chester. El aldabonazo que dió Hugo en la puerta resonó al través de la oscura escalera como el llamamiento de un fantasma é hizo temblar la pálida luz de la linterna.

— ¿Creeis ahora que desea verme? dijo Hugo.

Antes que el portero tuviese tiempo de contestarle, se oyeron pasos en el interior, apareció una luz y el mismo sir Chester abrió la puerta con bata y zapatillas.

— Perdonad, sir Chester, dijo el portero quitándose el gorro. Aquí hay un jóven que pregunta por vos, y como esta no es hora de visitas, he creído prudente acompañarle.

— ¡Hola! ¿Sois vos? dijo sir Chester mirando á Hugo. Entrad. Está bien, amigo mio; elogio mucho vuestra prudencia. ¡Gracias! ¡Buenas noches!

El portero se retiró, saludando humildemente y muy satisfecho al verse elogiado, honrado con un « ¡gracias! » y despedido con unas « ¡buenas noches! » por un caballero que tenia una *sir* delante del nombre y que firmaba además con una M y una P (iniciales de *Miembro del Parlamento*).

Sir Chester precedió á Hugo hasta su tocador, y colocándose en su sillón delante del fuego, que atizó para verle mejor en pié y con el sombrero en la mano cerca de la puerta, le miró de piés á cabeza.

Era sir Chester el mismo anciano tranquilo y amable con su tez sonrosada, fresca y juvenil, con su misma sonrisa, con la precision y elegancia habituales de su tocado, con los dientes blancos y bien colocados, sin huellas de los años, de las pasiones, de la envidia, del odio ni del descontento; era un caballero de aspecto noble y sereno que cautivaba las miradas.

Se firmaba M. P., pero ¿sabeis cómo? Voy á explicároslo. Su familia era orgullosa, mas orgullosa en verdad que opulenta, pues se vió en peligro inminente de ser preso por deudas y de ir á confundirse en una cárcel con personas de baja esfera ó de escasos recursos. Los individuos de las casas mas nobles y mas antiguas no gozan de privilegio alguno que les exima de leyes tan crueles, y únicamente son inviolables y quedan libres de la persecucion de los acreedores cuando pertenecen al Parlamento. Un pariente muy orgulloso halló un medio excelente para enviarle á la Cámara de los Comunes, y ofreció no pagar sus deudas, sino dejarle representar un distrito adicto hasta que su propio hijo hubie-ra llegado á la mayor edad. Este favor era inmenso, pues tenia veinte años de tregua, y los acreedores se quedaron con un palmo de narices.

Pero ¿cómo es que se llama *sir*? Nada más sencillo. Basta para llamaros *sir* que os toque la espada real, y queda hecha la transformación.

Juan Chester, esquire, M. P., se presentó en la corte, y cierto día la Cámara le nombró presidente de una comisión encargada de presentar una exposición al monarca. Sus maneras elegantes, su graciosa figura, su agradable y fina elocuencia no podían pasar desapercibidas. Un hombre tan aristocrático hubiera debido nacer duque... ¡Es tan caprichosa la fortuna!... así como muchos duques debían ser mozos de caballos ó de cordel. M. Chester gustó al rey, se arrodilló crisálida y se levantó mariposa.

Hé aquí cómo Juan Chester, esquire, fué hecho caballero y llegó á ser *sir* Chester.

— Creía cuando me habíais dejado esta noche, dijo *sir* Chester tras un silencio bastante largo, que tenías intención de volver mas temprano.

— Es cierto, señor.

— ¿Y así cumples tus promesas? replicó *sir* Chester dirigiendo una mirada al reloj.

En vez de responder Hugo, puso una pierna sobre otra, se pasó el sombrero de la mano derecha á la izquierda, miró al techo, á las paredes, al suelo y por fin á *sir* Chester, y al encontrar la cara risueña de su protector, bajó otra vez los ojos y los fijó en el pavimento.

— ¿En qué has pasado el tiempo? dijo *sir* Chester cruzando las piernas con indolencia. ¿En dónde has estado? ¿Qué maldades has hecho?

— Ninguna maldad, señor, respondió Hugo con humildad. No he hecho más que lo que me habéis mandado.

— ¿Lo que yo te he mandado? repuso *sir* Chester.

— Mandado... no, dijo Hugo con embarazo; quería decir... lo que me habéis aconsejado, lo que me habéis indicado que debía hacer ó que haríais vos mismo si estuviérais en mi lugar. No seáis tan severo conmigo, señor.

Brilló en las facciones del caballero como una expresión de triunfo al ver con cuánta precisión correspondía á su acción aquel rudo instrumento, pero esta expresión se desvaneció muy pronto cuando principió á responder mientras se cortaba las uñas.

— Al decir que te he mandado, das á entender, le dijo, que te he encargado alguna cosa para mí... alguna cosa que deseaba que hicieras... alguna cosa relativa á designios particulares. ¿No es así? Pues bien, has de saber que semejante idea es un absurdo, aunque la hayas abrigado sin pesar toda su importancia, y te advierto que pongas mas cuidado en lo que dices. Espero que te acordarás de esta advertencia.

— No ha sido mi intención ofenderos, dijo Hugo. No sé qué decir. ¡Me tratáis con tanto rigor!

— Te trataré con menos rigor, amigo mío, dentro de algunos días, repuso su protector con calma. A propósito, en vez de asombrarme en que hayas tardado tanto, debería admirarme de que hayas venido. ¿Qué quieres?

— Ya sabéis, señor, dijo Hugo, que no podía leer el papel que había encontrado, y os lo traje creyendo que era alguna cosa extraordinaria.

— ¿Y no podías haber pedido á otro que te lo leyese?

— No conocía á nadie á quien confiar un secreto, señor. Desde que Bernabé Rudge desapareció hace cinco años, no he hablado más que con vos.

— Me has hecho mucho honor.

— Mis visitas durante estos cinco años se han repetido, señor, cuando tenía que contaros alguna cosa, porque sabía que os enojaríais si no os daba parte de todo, y porque deseaba hacer todo lo posible para agradaros, para que no fuérais mi enemigo. Hé aquí la única razón de haber venido esta noche. Bien lo sabéis, señor, sin que necesite decirlo.

— Eres un picarón, repuso *sir* Chester fijando en él su mirada, eres un hombre de dos caras como todos los astutos. ¿No me has dicho antes, en este mismo aposento, que tenías otro motivo? ¿No me has dicho odiabas á cierta persona que últimamente te ha despreciado, que en todas ocasiones te ha humillado, y que te ha tratado como un perro mas bien que como un hombre?

— Es verdad, dijo Hugo enardeciéndose, como lo había previsto *sir* Chester, os lo he dicho y os lo repito; haría cualquier cosa para vengarme de él... cualquier cosa. Y cuando me habéis dicho que él y los católicos lo pasarían muy mal si conseguían su objeto los que se han reunido para hacer lo que dice ese papel, os he declarado que quería ser uno de ellos, aunque fuese su jefe el diablo en persona. Pues bien, ya soy uno de ellos. Ved si soy hombre de palabra y si se puede confiar en mí. Tal vez no tenga talento para muchas cosas, señor, pero lo tengo suficiente para acordarme de los que me ofenden é injurian. Vereis, verá él y otros cien, verán lo que valgo cuando llegué el momento. No basta oírme, es preciso verme morder. Conozco algunas personas á quienes valiera más ser perseguidos por un león que por mí cuando esté desencadenado. ... ¡Sí... sí; mas les valiera!

Sir Chester le miró con una sonrisa muy significativa, y enseñándole la mesa donde había una botella y un vaso, le siguió con la vista mientras echaba un trago. Cuando Hugo volvió la espalda, *sir* Chester se sonrió de una manera mucho mas significativa.

— Esta noche estás muy valentón, Hugo, dijo cuando este cesó de beber.

— ¡Yo! No, señor, dijo Hugo. No digo la mitad de lo que pienso. No sé explicarme. Hay muchos que hablan, pero yo soy de los que obran.

— ¿Es decir, que formas parte de la Asociación pro-

testante? preguntó *sir* Chester con la mayor indiferencia.

— Sí, he ido á la casa que habían designado, y me he hecho alistar como recluta. He encontrado allí un hombre que se llama Dionisio.

— ¿Dionisio? Sí, le conozco, dijo *sir* Chester riendo. ¡Oh! es un digno compañero tuyo.

— Un hombre valiente, de gran corazón y muy entusiasta en cuanto á los proyectos de la Asociación.

— Creo que sí, dijo *sir* Chester con indiferencia. Supongo que sabrás cuál es su oficio.

— No ha querido decírmelo; se lo reserva como un secreto.

— ¡Soberbia idea! exclamó *sir* Chester riendo. No temas; te aseguro que el día menos pensado tendrás ocasión de verle trabajar en su oficio.

— Somos ya amigos muy íntimos, dijo Hugo.

— Es muy natural. Y por supuesto, habrás ido con él á echar un trago, ¿no es verdad? ¿No me has dicho á dónde habías ido con él al salir de la casa de lord Jorge?

Hugo no se lo había dicho, ni había pensado en decirlo, pero se lo contó todo, y como esta pregunta fué seguida de otras muchas, le refirió todo lo que había sucedido en casa de lord Jorge, en la calle y en la taberna, la especie de gentes que había visto, su número, sus opiniones, su conversación, sus esperanzas y sus intenciones aparentes. El interrogatorio fué dirigido con tal arte, que Hugo creía que daba las noticias espontáneamente, y merced al hábil sistema de *sir* Chester, estaba tan convencido de que su protector se tomaba muy escaso interés por sus explicaciones, que al verle bostezar y quejarse de cansancio se excusó á su modo de haberle molestado tanto tiempo con su charla.

— Puedes retirarte, dijo *sir* Chester abriendo la puerta. Veo que te has metido esta noche en un atolladero, y lo siento, porque te aprecio. Sin embargo, supongo que estás resuelto á correr los mayores peligros por encontrar una ocasión de vengarte de tu orgulloso Haredale.

— ¡Oh! sí, sí, respondió Hugo parándose en el momento de salir y volviendo el rostro. Pero ¿á qué me expongo? ¿Qué tengo que perder? ¿Amigos? ¿Una familia? ¿No soy solo en el mundo? Que se presente una buena ocasión, que me dejen arreglar mis cuentas en un motín donde haya hombres de mi temple para apoyarme, y despues sea de mí lo que el infierno quiera.

— ¿Qué has hecho de aquel papel?

— Lo llevo conmigo, señor.

— Arrójalo al suelo cuando estés en la calle; esas cosas no se deben llevar encima.

Hugo hizo un ademán afirmativo, y se alejó respetuosamente.

Sir Chester cerró la puerta, volvió á su gabinete, se sentó delante de la chimenea y permaneció largo rato en grave meditación.

— Bien, dijo por fin sonriendo, este muchacho promete. Reflexionemos. Mis parientes y yo, que somos los protestantes mas exaltados del mundo, deseamos todo el mal posible á la causa de los católicos romanos, y en cuanto á Saville, que ha presentado el bill en su favor, tengo contra él además una objeción personal; pero como cada uno de nosotros hace de su propia persona el primer artículo de su *credo*, no nos comprometemos asociándonos á un loco estúpido como lo es indudablemente ese Gordon. Únicamente puedo fomentar en secreto los desórdenes que ocasiona, y servirme con el mismo objeto y para apoyar mis designios de ese rústico que acaba de salir de aquí. Puedo además manifestar en todas las ocasiones convenientes en términos moderados y finos una desaprobación de sus actos, aunque estemos de acuerdo con él en principio, y este es el medio mas excelente de formarnos una reputación de gentes honradas y rectas en nuestros designios, reputación que no puede menos de sernos infinitamente ventajosa y elevarnos á alguna importancia política. ¡Muy bien! Queda arreglada mi conducta en la parte pública de este negocio. En cuanto á las consideraciones privadas, confieso que si esos vagos armaran algun motín, lo cual no me parece imposible, é impusiesen un pequeño castigo á Haredale por ser uno de los católicos mas activos, esto me sería muy grato y me divertiría mucho. ¡Muy bien! ¡Mejor que mejor!

Tras esta exclamación, tomó un polvo, y mientras se desnudaba, resumió sus meditaciones diciendo con una sonrisa:

— Temo, sí, temo que mi amigo siga mas pronto de lo que se figura las huellas de su madre. Su intimidad con el verdugo es de fatal augurio. Pero de todos modos hubiera sido este su paradero. Si le presto mi apoyo, la única diferencia estribará en que echará menos tragos en esta vida de los que hubiera echado sin mi intervención. ¿Qué mas da? Este negocio no tiene la menor importancia.

Y tomando otro polvo se fué á acostar.

XLI.

De la herrería de la Llave de Oro salía un sonido metálico tan alegre y de tan buen humor, que inducía naturalmente á pensar que el que hacia una música tan agradable debía trabajar con gusto. No creáis que un hombre que maneja el martillo tan solo para cumplir con una tarea enojosa y monótona sacara nunca sonidos tan festivos del hierro y del acero, pues para esto es

preciso ser un hombre franco, honrado, robusto, bueno para todo el mundo y contento de su suerte. Un hombre de este temple, aunque sea calderero, convierte su martillo y su caldero en instrumentos de música, y aunque dirija un carro saltando sobre las piedras de la calle y cargado de barras de hierro, produce con sus saltos alguna prevista armonía.

¡Tin, tin, tin! El sonido era claro como el de una campanilla de plata, y se oía á cada pausa de los ruidos mas ásperos de la calle como si dijera:

— Nada me contraría; estoy resuelto á ser feliz.

Las mujeres gritaban, los niños chillaban, los pesados carros pasaban formando sordo estruendo, salían roncós y discordes alaridos de los vendedores callejeros, y estos rumores se oían, ora mas altos, ora mas bajos, ora destemplados y atronadores, ora suaves como un murmullo, pero siempre los dominaba el ruido del martillo, ya acallándose, ya alejándose, ya aproximándose, y siendo el único sonido que llamaba la atención pública.

¡Tin, tin, tin! Era la personificación perfecta de la vocecita de un niño que nunca ha estado constipado, que no ha tenido nunca anginas ni otra incomodidad en la garganta. Los transeúntes acortaban el paso y se disponían á pararse; los vecinos que se habían levantado por la mañana de mal humor, sentían que invadía todo su ser la alegría cuando oían aquel tin, tin; las madres hacían bailar á sus niños de pecho al compás de aquel martillo, y la herrería de la Llave de Oro no cesaba de enviar á la calle su mágico ¡Tin, tin, tin!

¡Solo el herrero podía hacer semejante música!

Un rayo de sol, brillando al través de la ventana y rompiendo la oscuridad de la sombría tienda con un ancho cuadro de luz, caía de lleno sobre él como atraído por su generoso corazón.

Se le veía en pie junto al yunque, con el rostro radiante de ejercicio y de contento, con las mangas dobladas hasta el codo y con la peluca inclinada hacia atrás; era el hombre mas libre, mas tranquilo, mas feliz del mundo entero.

Cerca de él había un gato de lustroso pelo haciendo oír su run-run, guiñando los ojos á la luz del sol y abandonándose de vez en cuando á un adormecimiento pereoso como por exceso de comodidad. Tobías, aquel famoso jarro de que tienen noticia nuestros lectores, miraba á su amo desde un banco, y era todo entero desde los pies á la cabeza una radiante sonrisa. Hasta los cerrojos, las llaves y las cerraduras colgadas de las paredes parecían tener en su mismo orin un aspecto jovial, y se parecían á aquellos caballeros gotosos de carácter jocoso que se chancean con sus propias dolencias.

Todo era alegre y festivo en aquella escena. Estoy seguro de que en aquella colección de innumerables llaves no había una sola que se prestase á abrir las arcas de un avaro ó la puerta de una cárcel. Aquellas llaves hubieran sido muy serviciales para las bodegas llenas de cerveza y vino, y para los aposentos con buen fuego, con libros interesantes, con conversación agradable y con alegres carcajadas; pero los sitios de desconfianza, de crueldad y de violencia los hubieran cerrado sin vacilar con doble vuelta y estropeando la cerradura para que nadie pudiese abrirlos jamás.

¡Tin, tin, tin! El herrero hizo por fin una pausa y se enjugó la frente. El silencio despertó el gato que, saltando con sigilo al suelo, se arrastró hasta la puerta y acechó desde allí con ojos de tigre un pájaro que estaba en su jaula en una ventana de la casa de enfrente. Gabriel levantó á Tobías hasta los labios y echó un buen trago.

Entonces, que estaba derecho, con la cabeza inclinada hacia atrás y el corpulento pecho saliente, se pudo ver que la parte interior del traje de Gabriel pertenecía al uniforme militar. Si se hubiera mirado además la pared, se hubiese observado, colgados de sus diferentes clavos, un sombrero con plumero, un sable, un cinturón y un capote encarnado, y cualquiera, por poco versado que estuviese en semejantes materias, hubiera reconocido por la hechura y las insignias en aquellos diversos objetos el uniforme de sargento de voluntarios realistas de Londres oriental.

Cuando vació el jarro y lo volvió á dejar en el banco desde donde se le había sonreído antes Tobías, el herrero contempló con júbilo aquellos objetos, y ladeando algo la cabeza como si quisiera reunirlos bajo el mismo rayo visual, dijo apoyándose en el martillo:

— Recuerdo que en mis años juveniles hubiera enloquecido de contento al vestir un uniforme, y que cuando mi padre se burlaba de mi entusiasmo, casi llegaba á cegarme la indignación y por poco le falté un día al respeto. Y sin embargo, he hecho una verdadera locura.

— Sí, una verdadera locura, dijo la señora Varden, que había entrado en la tienda sin ser vista. ¡Un hombre de tu edad, Varden! ¡Qué calaverada!

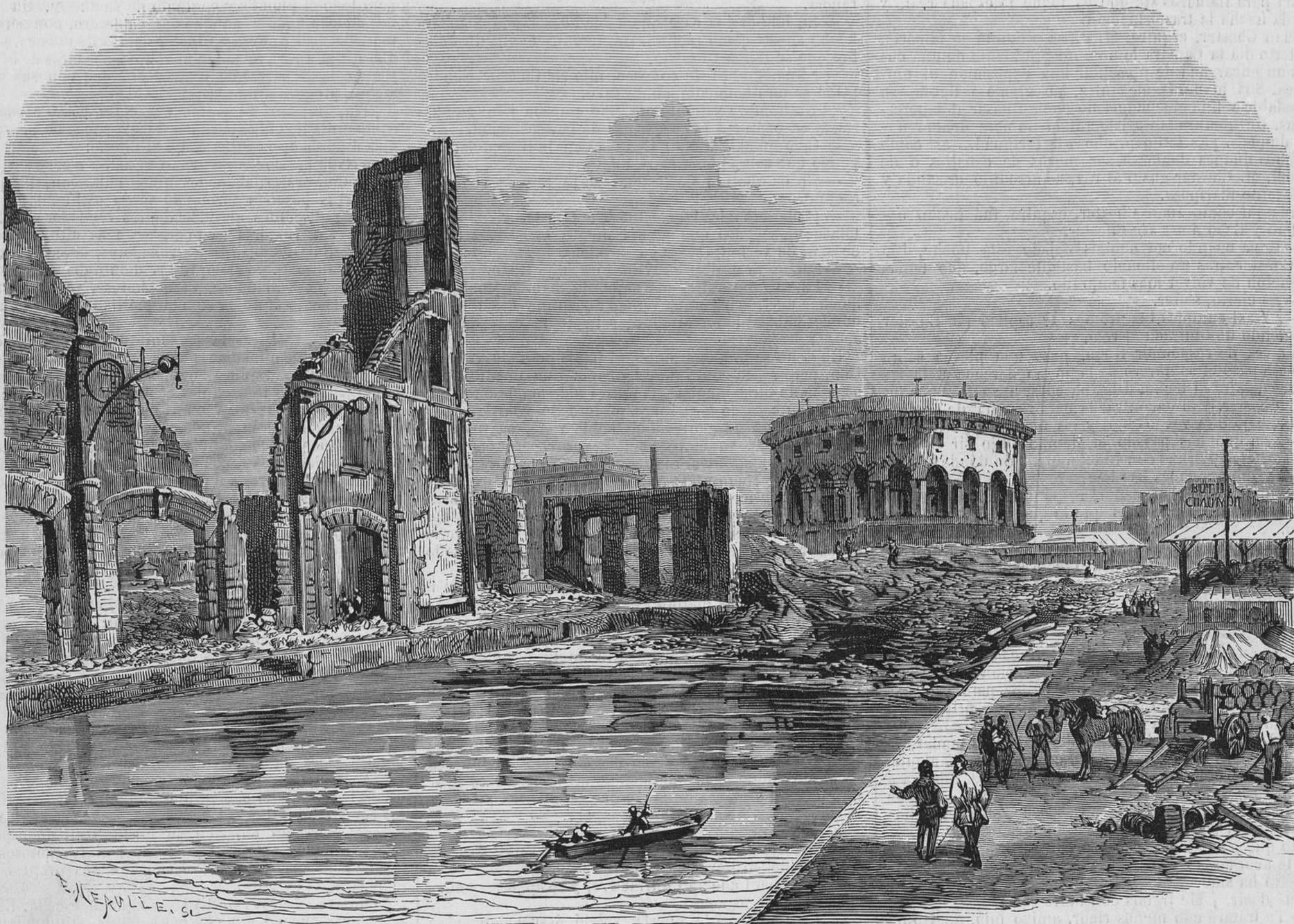
— Mal humor tenemos hoy, Marta, dijo el herrero, que volvió el rostro sonriendo.

— Es verdad, repuso la señora Varden con gravedad solemne. Siempre estoy para tí de mal humor... Ya lo sé. Gracias por tu buena opinión.

— Quiero decir...

— Sí, ya sé lo que quieres decir, repuso la herrera interrumpiendo á su marido. Hablas con bastante claridad para que no te se entienda. Siempre te esmeras en darme pruebas de tu cariño.

— Te enojas por nada, mujer, dijo el herrero con bondad. Quiero decir que es muy extraño que censures el haberme alistado como voluntario, siendo así que solo lo he hecho para defender mi casa, mi familia y las ca-



LAS RUINAS DE PARIS. — Estado actual de los Docks de la Villette.

sas de todos los hombres honrados en caso necesario.
— Y has dado prueba con eso de ser mal cristiano, dijo la herrera moviendo la cabeza.

— ¡De mal cristiano! exclamó Gabriel. Por el diablo...

La señora Varden alzó los ojos al techo como si esperase que la consecuencia inmediata de aquella profanación iba á ser la caída de toda la casa, incluso los muebles, sobre la tienda; pero no habiendo ocurrido ningún desastre visible, exhaló un prolongado suspiro, y suplicó á su marido con acento de resignación que continuase, pero sin blasfemar ni invocar al espíritu maléfico.

El herrero pareció dispuesto al principio á complacerla, pero reflexionando un momento, continuó con el mismo tono:

— ¡Por vida del cielo! ¿Y por qué he dado prueba de ser mal cristiano? ¿Qué sería más cristiano, Marta, quedarme en casa con los brazos cruzados mientras nos saquease un ejército enemigo, ó levantarme como un hombre para ahuyentarlo? ¿Sería caso buen cristiano si mientras una cuadrilla de malvados te arrebatasen á tí ó á Dorotea, me ocultara en un rincón de la cocina?

Cuando dijo: «A tí,» la señora Varden no pudo menos de sonreírse. En este temor se encerraba una verdadera galantería.

— Confieso que si las cosas llegasen hasta ese punto... dijo ella con una sonrisa modesta.

— ¡Si las cosas llegasen hasta ese punto! repitió el herrero. ¿Quién sabe si nos veremos amenazados el día menos pensado? La misma Miggs no estaría libre de esa turba. Algun negrito, tocando una trompeta y con un gran turbante en la cabeza vendría á ver si podía robarla, y á no ser que el tal negrito no estuviera á prueba de puntapiés y arañazos, de seguro que la robaría. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Qué chasco se llevaría el negrito! Le compadecería.

Y el herrero prorumpió con tanto gusto en una carcajada estrepitosa, que acudieron á sus ojos las lágrimas con grande escándalo de la señora Varden, la cual pensaba que el rapto de una protestante tan sólida, de una persona tan apreciable en su vida privada como Miggs y por un negro por añadidura, por un vil pagano, era una circunstancia muy espantosa para causar risa en vez de horror ó indignación.

El cuadro que Gabriel acababa de bosquejar amenazaba tener las consecuencias más graves, y las hubiera

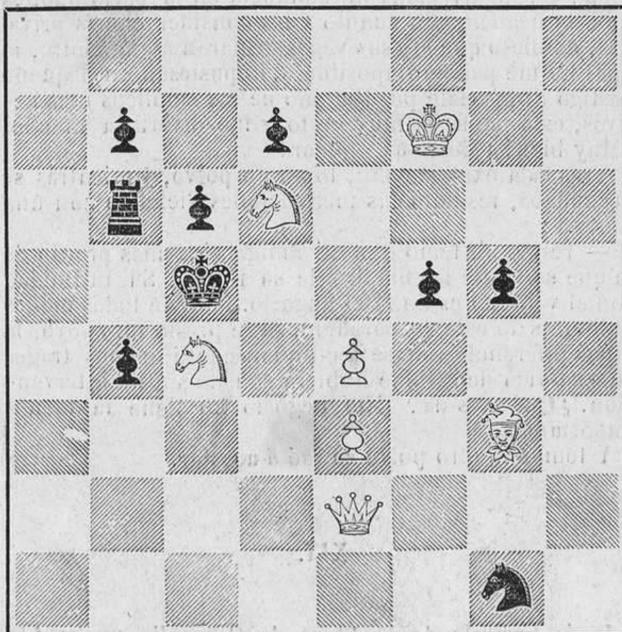
Problemas de ajedrez.

Solución del número 340

- | | | |
|---|---|----------------------------------|
| 1 | R ^a 4 ^a TR ^a jaque | R toma C |
| 2 | R ^a 7 ^a TR ^a jaque | R 3 ^a AR ^a |
| 3 | A 2 ^a TR | T juega. |
| 4 | R ^a 7 ^a AR ^a jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 341, POR M. PAVITT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

tenido sin duda, si por fortuna no se hubiese oído un ligero rumor de pasos en la puerta, y si Dorotea no se hubiese arrojado al cuello de su padre.

— ¡Ya está aquí! dijo Gabriel. Dime, picarilla, ¿cómo es que vienes tan tarde? ¿Qué guapa estás?

— ¡Qué guapa estaba! ¿Guapa? Yo lo creo; aunque hubiera agolado todos los adjetivos laudatorios del diccionario no habría alabado bastante á su hija. ¿Se ha visto jamás en el mundo entero una niña tan sonrosada, tan graciosa, tan linda, tan elegante, tan hechicera, tan deslumbrante, tan divina como Dorotea? No me hableis de la Dorotea de cinco años atrás... ¡Cuánto más hermosa es ahora! ¡Cuántos cocheros, guarnicioneros, ebánistas y jóvenes examinados de maestros de otros oficios y artes útiles habían abandonado á sus padres, á sus madres, á sus hermanos y á sus hermanas por amar á Dorotea! ¡Cuántos caballeros desconocidos, que se suponían inmensamente ricos y cargados de títulos y honores, habían acechado á Miggs desde la esquina de la calle después de anochecer para conquistar la mediación de esta solterona incorruptible, para tentarla con guineas de oro y obligarla á que entregase á su ama ofertas de matrimonio bajo el sello de un perfumado billete! ¡Cuántos padres desconsolados, negociantes acomodados, habían visitado al herrero por el mismo motivo, y le habían contado lúgubres historias domésticas, de como sus hijos, perdiendo el apetito, habían llegado á caer enfermos ó á vagar por los arrabales solitarios con caras pálidas como difuntos, y todo porque Dorotea era tan cruel como linda! ¡Cuántos jóvenes, que en época anterior habían observado una conducta ejemplar, se habían entregado de pronto por el mismo motivo á extravagancias imperdonables, como arrancar los aldabones de las puertas ó derribar las garitas de los municipales dormidos durante la noche! ¡A cuántos había reclutado para el servicio del rey, tanto en mar como en tierra, reduciendo á la desesperación á los vasallos de S. M. que se habían enamorado de ella entre los diez y ocho y los veinte y cinco años! ¡Cuántas señoritas habían declarado públicamente derramando lágrimas que era demasiado baja, demasiado alta, demasiado descarnada, demasiado fría, demasiado rubia, demasiado morena, demasiado flaca, demasiado gorda y demasiado no sé qué más, pero no bonita!

(Se continuará.)